


Entre esperanzas y miedo



*La juventud y
la violencia en
El Salvador*

Serie
Miradas

Entre esperanzas y miedo

La juventud y la violencia en El Salvador



cooperación
española



Al servicio
de las personas
y las naciones

PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO (PNUD)
AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACIÓN PARA EL DESARROLLO (AECID)
San Salvador, El Salvador, 2015

Roberto Valent

*Representante Residente del PNUD y Coordinador Residente
del Sistema de Naciones Unidas en El Salvador*

Stefano Pettinato

Representante Residente Adjunto del PNUD

Redacción

Carolina Rovira

Nancy Argueta

Margarita Barrientos

David Velásquez

Investigación de campo

Estela Armijo

Concepto y producción editorial: *Miguel Huevo Mixco*

Corrección de textos: *María Tenorio*

Diseño y diagramación: *Contracorriente Editores*

Impresión: *Impresos Múltiples, S. A. de C. V.*

Proyecto fotográfico: *Julio Díaz (excepto fotografía de la página 69, de Mauricio Martínez)*

ISBN: 978-99923-55-57-2

PNUD (2015). *Entre esperanzas y miedo. La juventud y la violencia en El Salvador*.
San Salvador: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

Esta publicación se realizó en el marco del proyecto “Diálogo político y construcción de propuestas concertadas para la seguridad, el empleo y la cohesión social” implementado por PNUD y financiado a través del Fondo Fiduciario España-PNUD «Hacia un desarrollo integrado e inclusivo en América Latina y el Caribe».

Esta publicación cuenta con la colaboración de la Cooperación Española a través de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID). El contenido de la misma es responsabilidad exclusiva del autor y no refleja, necesariamente, la postura de AECID ni del PNUD.



Contenido

» **Presentación** / 04

» **Palabras de apertura**/ 07

» **Introducción** / 9

» **¿Dónde está la juventud?** / 13

» **Capítulo 1. La juventud en el mundo de hoy** / 15

La juventud / 18

La afirmación de la identidad / 19

» **Capítulo 2. La juventud salvadoreña** / 23

La violencia como contexto / 30

» **Capítulo 3. Ser joven y no pertenecer a una pandilla** / 43

Juventud en riesgo / 45

El intento por “mantenerse en el buen camino” / 48

Viviendo entre espacios perdidos / 53

» **Capítulo 4. Una juventud incomprendida** / 63

Estigmas / 65

Las consecuencias de lidiar con los estigmas / 81

» **Conclusiones** / 84

» **Notas** / 86

» **Nota técnica** / 88

» **Bibliografía** / 90

Presentación

El Salvador vive un momento difícil. Su población vive en duelo por causa de la violencia social. Es momento de dialogar, de unir fuerzas, de buscar espacios comunes para crear ahí la solidaridad necesaria y hacer frente a este flagelo.

¿Qué se hace cuando hay que reconstruir una vasija rota? Buscar las piezas más grandes, las que están intactas, y en torno a ellas comenzar el complicado trabajo de pegar las demás partes.

Este documento nos habla de una de esas piezas grandes y fuertes de la sociedad salvadoreña. En estas páginas se habla del millón setecientos cincuenta y siete mil jóvenes, que representan el 28 % de la población del país. Hemos querido hablar de la juventud y de su vivencia en una sociedad aprisionada por la violencia. No de toda la población joven, pero sí de una gran mayoría, la que lucha cada día por mantener su integridad física y moral a pesar de los riesgos y las tentaciones, y que comparte espacio con otros jóvenes que han optado por delinquir.

Aquellos jóvenes, a quienes parece que la violencia les cierra espacios, no se quejan, ni sienten lástima de sí mismos. Al contrario, nos están diciendo que lo único que necesitan para desafiar su entorno amenazador es la oportunidad de estudiar y que esa educación les abrirá las puertas al trabajo. Tienen la fuerza, la confianza en el futuro y la valentía como para triunfar, pues esto es parte de su ser.

Sin embargo, muchas veces las personas adultas vemos a esta juventud vibrante como débil, insegura y alocada. A estos prejuicios se agrega la peligrosa idea de que los jóvenes son proclives a ser seducidos por el fenómeno pandilleril.

Este documento quiere que la sociedad salvadoreña reflexione sobre estos temas y sobre este grupo que casi siempre queda fuera de los objetivos de la política. Sobre todo quiere proponernos que el futuro sigue estando en ellos, aún si unos cuantos han optado por el incierto camino de la violencia y la ilegalidad. Uno de sus mensajes principales es que no perdamos la fe en la juventud, y que trabajemos duro para abrirle una enorme puerta de esperanza.

Ejemplo de esfuerzos por un mejor porvenir es el espacio de diálogo que se ha abierto en el Consejo Nacional de Seguridad Ciudadana y Convivencia (CNSCC), en el que diferentes actores de la sociedad se han propuesto buscar sus puntos de coincidencia para hacer frente común a una de las problemáticas más serias del país. En el plan de propuestas que surge de este esfuerzo quiero resaltar el eje 1, que trata de la prevención de la violencia y cuyo resultado esperado es transformar la vida de las personas y los territorios para reducir la incidencia y el impacto de la violencia y el crimen, a través de acciones que creen oportunidades de manera particular a la gente joven. He allí un camino para comenzar a reconstruir la vasija rota.

Roberto Valent

Representante Residente del PNUD y Coordinador Residente del Sistema de Naciones Unidas en El Salvador

Febrero, 2015

Palabras de apertura

Esta publicación busca poner sobre la mesa las esperanzas y miedos de la juventud en un contexto de grave violencia social, como la que desde hace tiempo caracteriza a El Salvador. Son las personas jóvenes, tanto mujeres como hombres, quienes sufren especialmente los efectos de esta violencia. Tienen una doble condición de víctimas, tanto como efecto directo de la violencia como por la falta de oportunidades necesarias para el adecuado desarrollo vital, agravada por la discriminación y la estigmatización por ser joven.

En este sentido, España ha sido históricamente un socio comprometido con la sociedad salvadoreña, y continua siéndolo, apoyando los esfuerzos del Gobierno y el Plan El Salvador Seguro presentado por el Consejo Nacional de Seguridad Ciudadana y Convivencia (CNSCC), el cual aborda con un enfoque integral y flexible la problemática de la violencia con participación de todos los actores y sectores del país, tanto públicos como privados y de la sociedad civil. Dicho plan presta especial atención a las víctimas de la violencia, y está especialmente enfocado en desarrollar estrategias activas de prevención en la población joven, mediante el desarrollo de capacidades y oportunidades tanto educativas como laborales y sociales.

Para poder impulsar este crucial proceso, del que forma parte esta publicación, España ha apoyado al Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) para llevar adelante el proyecto “Diálogo político y construcción de propuestas concertadas para la seguridad, el empleo y la cohesión social”, a través del Fondo Fiduciario España-PNUD. Este fondo es expresión de la asociación estratégica entre el Gobierno de España —a través de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID)— y el PNUD, cuya finalidad es apoyar eficazmente a los países de la región en desafíos clave como este. Confiamos en que iniciativas como esta, fruto del diálogo y la capacidad de actuar juntos los diferentes actores del desarrollo nacional, contribuyan a dibujar un panorama de oportunidades en la percepción que tienen los jóvenes de su país y viceversa, de modo que ellos y ellas se sientan incluidos como verdaderos partícipes y forjadores del mismo.

Francisco Rabena

Embajador de España en El Salvador

“ El futuro de una nación es
tan prometedor como la próxima
generación de ciudadanos ”

Nelson Mandela

Introducción

La juventud es el alma del presente y el motor del futuro. Es la llamada a llevar el cambio a las sociedades, a refrescarlas y a hacerlas progresar. Se le considera el tesoro de la sociedad. Eso supone que hay oportunidades a su alcance, espacios para ser y hacer, para crear y crecer.

En El Salvador es difícil dejar de preguntarse cuán prometedora es la próxima generación y qué oportunidades ha construido la sociedad para ella. Desde el enfoque de desarrollo humano, a pesar de la enorme riqueza social que representa, la población joven enfrenta muchos obstáculos para potenciarse.

Un breve recuento estadístico lo confirma. Por un lado, el sistema educativo no asegura el desarrollo de sus capacidades; según resultados de pruebas estandarizadas nacionales, la calidad del sistema escolar a su disposición es mediocre¹. Además, debido a la deserción, el 30 % de la población económicamente activa y joven apenas ha estudiado la primaria², por lo cual la educación recibida no cumple con la promesa de movilidad social.

En los mercados laborales, las oportunidades para la población joven son limitadas. Más del 40 % de ella se inserta en actividades no calificadas y de baja estabilidad, lo cual restringe la posibilidad de que el trabajo sea fuente de realización y de satisfacción. Peor aún, más de la mitad de la población juvenil percibe que no tiene ninguna o que tiene muy bajas posibilidades de acceder a un trabajo³. De hecho, 21 de cada 100 jóvenes no estudian ni trabajan, por lo cual sus expectativas de futuro están comprometidas irremediablemente, a menos que su situación experimente un viraje radical. Este porcentaje se ha mantenido inalterado por más de 20 años, lo que indica que el empleo juvenil no es una prioridad de país.

Entre la juventud, las mujeres enfrentan una situación más desfavorable. Ellas se colocan en los mercados laborales en peores condiciones, en trabajos sin protección social en empresas privadas y en el servicio doméstico. Además, participan menos que los hombres en los mercados laborales, especialmente por los límites que la maternidad y los quehaceres del hogar imponen a su género. Aún entre los más desfavorecidos las diferencias de género se hacen notar. De hecho, la probabilidad de que una mujer joven no estudie ni trabaje es tres veces mayor que la de un hombre joven⁴.

A lo expuesto se suma la victimización que sufre la juventud por causa de la inseguridad. De hecho, en el país se registró una tasa promedio nacional de 61 homicidios por cada 100 mil habitantes en el 2014⁵, y muchas de estas muertes, vinculadas con la violencia de las pandillas, tienen a los jóvenes entre sus víctimas más frecuentes.

La sociedad salvadoreña, al ser encuestada⁶, coincide en señalar la violencia como uno de los principales problemas del país. En el imaginario de la población, las pandillas son la causa de ese problema⁷ que, si bien se cobra víctimas en todos los rangos de edades, afecta sobre todo a la juventud: la tasa de homicidios de personas entre 18 y 30 años, duplica la tasa nacional; la mayoría de estas muertes son de hombres⁸.

La realidad de inseguridad y, particularmente, de violencia pandilleril atrapa a los jóvenes entre dos fuegos: ser victimarios o ser víctimas. De hecho, la edad promedio para afiliarse a una pandilla es de 15 años de edad, y quienes simpatizan con ella suelen ser personas jóvenes, por lo general hombres, entre 15 y 19 años de edad, que residen en zonas urbanas y que no estudian ni trabajan⁹.

Del total de población joven salvadoreña, sin embargo, solo ocho de cada cien dicen sentir alguna simpatía por las pandillas. Por el contrario, la mayoría tiene sueños y anhelos, aspira a tener un liderazgo positivo y se proyecta jugando un papel en el mejoramiento de su país¹⁰. Paradójicamente, esta mayoría se enfrenta a una realidad donde escasean las oportunidades. La violencia también se ensaña contra ellos. No solo porque son víctimas directas, muchas veces inocentes, sino también porque el fenómeno les afecta de diversas maneras.

La violencia y las pandillas limitan sus libertades, impidiéndoles el libre tránsito en zonas urbanas y rurales, y negándoles la posibilidad de disfrutar de espacios públicos, incluso,

cerrándoles las puertas para acceder a la educación. Además, la erosión del tejido social y la pérdida de la confianza que genera la violencia los vuelve sujetos de estigmas injustos, al punto que algunos se sienten señalados como delincuentes por el solo hecho de residir en determinadas zonas, por la escuela en la que estudian o por la ropa que visten.

El propósito de este documento

La juventud salvadoreña está pagando un alto precio como consecuencia de vivir en un espacio engullido por la violencia. Este precio es diferenciado según el origen social, el género y el lugar de residencia, pero es alto para todos. Desde la perspectiva del desarrollo humano, el mayor costo lo está pagando, y lo pagará, la sociedad misma, al limitar su propio potencial de desarrollo. Desde la perspectiva de los derechos humanos, la situación de los jóvenes es inadmisibles, pues se encuentran privados de sus derechos fundamentales, y no parece que esta realidad tienda a cambiar.

A partir de una serie de entrevistas y grupos focales con jóvenes de diversas condiciones sociales, esta publicación muestra la manera en que la juventud es afectada por la violencia, de manera particular por el fenómeno pandilleril, más allá de la victimización directa: una juventud llena de esperanza intenta hacer visible la trampa en la que ha caído.

Así, este libro se propone evitar la naturalización de percepciones injustas que asocian a todas las personas jóvenes con valores y comportamientos negativos, cerrándoles puertas y bloqueándoles caminos. Si bien se reconoce que la juventud es una edad compleja y rebelde, difícil de comprender para los adultos, también se pone sobre la mesa su cotidiana exposición a la violencia y lo que esto significa para los jóvenes y para la sociedad.

En la primera parte del libro, se presenta a la juventud como condición y categoría sociológica, más allá de una clasificación demográfica, y las dificultades que enfrenta en el proceso de definir su identidad personal y social en un entorno de violencia. En la segunda parte, se expone de manera sintética la realidad socioeconómica de la juventud salvadoreña, analizando su vinculación con la violencia desde una perspectiva histórica. En la tercera parte, se muestran las dificultades que enfrentan las personas jóvenes cotidianamente por vivir en una sociedad que padece la violencia pandilleril. Luego, se analiza de qué manera el fenómeno de las pandillas alimenta viejos estigmas y crea nuevos prejuicios sobre la población joven, afectando sus posibilidades de alcanzar el bienestar.



¿Dónde está la juventud?

Las personas jóvenes están por todas partes. En las calles, en los buses, en las escuelas y universidades; a bordo de una motocicleta de reparto a domicilio o en una cuadrilla de obreros que reparan una carretera; en los conciertos y en las fiestas; en los cibercafés; en las ventas ambulantes; están por todas partes.

Sortean el día a día en medio de los desafíos de su edad, del miedo causado por un entorno violento y de la desconfianza de una sociedad que los estigmatiza como peligrosos. Para ellos y ellas se escriben estas páginas, para asegurar que no se naturalice la idea demasiado simplista de que son los victimarios, sino mostrar que son, en más de un sentido, las víctimas mayoritarias. Contra la tendencia dominante en los medios de comunicación y en las conversaciones de la gente, las personas jóvenes son las auténticas protagonistas del país que está dándolo todo por salir adelante.

Basta con salir a la calle y detenerse y habrá, no uno, sino muchos jóvenes valientes buscando sus sueños, viviendo sus vidas, a pesar del miedo, la violencia y los estigmas. Ellos y ellas viven creando sus propias redes de pertenencia y de identidades, a través de las que actúan, y las cuales les sirven como protección ante un orden que los castiga.

La juventud salvadoreña quiere construirse un futuro. Pide, para hacerlo, el respeto a dos derechos esenciales: estudiar y trabajar. El resto, dicen, corre por su cuenta, viene de su fuerza y ahínco. Esta es la juventud que queremos mostrar, la que sabemos que no se va a rendir, a pesar de todo.





La juventud en el mundo de hoy

Renovar la mirada

Una serie de publicaciones mundiales, regionales y nacionales¹¹ también han enfocado la situación y las perspectivas futuras de la juventud. Un mensaje común parece ser que hoy día se enfrenta al riesgo de no acceder a los mecanismos tradicionales de inclusión y movilidad social, tales como la educación y el trabajo; de verse forzada a dejar su país de origen para buscar oportunidades en otra parte; de caer presa como víctima o victimaria de la violencia; de ser políticamente anulada y no poder ejercer sus derechos ciudadanos de forma plena; de no poder desarrollar al máximo su potencial y de no tener condiciones para contribuir a la sociedad de la manera en que le corresponde.

Estos mensajes de alarma presentan un riesgo en sí mismos: al profundizar las representaciones existentes sobre la juventud como fuente de preocupación, tienden a sesgar la mirada sobre las personas jóvenes, al descontextualizar sus problemas de los que tiene la sociedad en su conjunto y reducir la efectividad de las respuestas del Estado. Según Serrano¹², “las acciones sobre lo juvenil, en particular desde las políticas públicas, siguen estando basadas en las representaciones que generan determinadas coyunturas de alarma social”, lo cual, en vez de permitir una mejor comprensión, reproduce estereotipos e imaginarios excluyentes¹³.

Estos mensajes contrastan con las expectativas juveniles sobre el futuro. En Iberoamérica, por ejemplo, y pese a que la población joven evalúa la actual calidad de vida en sus países como regular, la mayoría piensa que en cinco años la situación en sus países va a

estar mejor. Esta expectativa aumenta en las expresiones sobre su situación personal futura, las cuales se complementan con mensajes alentadores de confianza en sus propias capacidades y agencia para moldear ese futuro que desean¹⁴. Estas percepciones favorables, sin embargo, no guardan relación con los contextos nacionales, lo que explicaría de alguna manera las frustraciones posteriores que enfrenta la juventud¹⁵.

Estas valoraciones iniciales ponen sobre la mesa la necesidad de adoptar nuevos enfoques para comprender las diversas situaciones que enfrenta la población joven en el mundo de hoy, y trascender las representaciones parciales y las estigmatizaciones.

Ello supone no solo renovar la mirada que tiene la población adulta, sino también reconciliarla con la perspectiva que tiene la juventud de sí misma. En ambos casos, es necesario vincular estas percepciones de forma más directa a las realidades que vive la población joven en un mundo cada día más globalizado e interconectado, pero también más desigual.

La juventud

« *No soy tan joven como para saberlo todo* »
Oscar Wilde

En el pasado, “la juventud, como categoría social, resultaba muy difusa o incluso inexistente”¹⁶, ni siquiera se planteaba como una etapa explícita o diferenciada del desarrollo psicosocial. Hacia finales de los sesenta, Erikson¹⁷, por ejemplo, pasaba directamente del período de la adolescencia, comprendida entre los 12 a los 18 años, a una etapa amplia de adultez joven, comprendida entre los 18 y los 35 años.

En la actualidad, la juventud tampoco se distingue de forma unívoca de otros períodos como la adolescencia. UNICEF¹⁸, por ejemplo, señala dos períodos de adolescencia, la temprana (entre los 10 y 14 años) y la tardía (entre los 15 y 19 años), que coincidiría parcialmente con el rango cronológico utilizado con frecuencia para identificar a la población joven (15 a 29 años).

En síntesis, la juventud no es un período o una categoría física, natural, o social que pueda definirse de forma rígida, a través de grupos etarios estancos, o por medio de procesos biológicos o psicosociales reconocidos de forma universal. Corresponde, más bien,

a una categoría sociológica relativamente moderna y fluida, producto de una serie de transformaciones históricas, culturales, sociales y económicas que suponen una mayor y progresiva dilación entre la niñez y las responsabilidades tradicionalmente atribuidas a las personas adultas –tales como trabajar, procrear y mantener un hogar propio, que tienen diferentes pesos según las culturas y los roles de género asignados socialmente–, así como a una mayor disociación entre la madurez sexual y la social¹⁹.

Antes, las responsabilidades enunciadas en el párrafo precedente eran consideradas como transiciones paralelas y lineales al mundo adulto. Actualmente, se reconoce cada día más su interacción, gradualidad, complejidad y multidimensionalidad, y se identifican otro tipo de transiciones, como la conexión al mundo digital con su consecuente acceso al conocimiento y la información.

Más allá de los matices en la definición del término, la juventud es vista y aceptada como un grupo poblacional altamente heterogéneo, que enfrenta condiciones y realidades distintas, pero que comparte ciertos procesos, tales como la afirmación de la identidad, la creación de subculturas, la consecución de la autonomía y la exploración de la sexualidad, entre otros.

A continuación se presentan elementos de análisis sobre el proceso de afirmación de la identidad humana que, a pesar de no ser universales, son útiles para contextualizar algunas tensiones que enfrentan las personas jóvenes, así como para contribuir a la comprensión del fenómeno de la violencia, sobre todo cuando este se constituye en un mecanismo (no necesariamente legítimo) para resolver conflictos y tensiones²⁰.

La afirmación de la identidad

La identidad puede entenderse como un “yo propio”, que diferencia a las personas, y como un “vínculo social que las une, una referencia común que les es propia y al mismo tiempo les hace miembros de una comunidad humana”²¹. Más que un proceso psicológico individual, implica un sentido de relación entre la persona y el mundo, que además de brindar pautas generales de comportamiento, confiere cierto orden, significado y estabilidad a la vida²².

La afirmación de la identidad es uno de los procesos que, desde una perspectiva adultocéntrica, han tendido a caracterizar al mundo adolescente y juvenil. Erikson²³ señalaba la adolescencia como la etapa de la vida en la que debía resolverse el conflicto entre la identidad y la confusión de roles (identidad difusa). En ella, la persona comenzaría a cuestionarse sobre

su propio ser, su pertenencia y adaptación a ciertos grupos, así como su orientación sexual y ocupacional, entre otros temas. Una resolución adecuada de este conflicto permitiría a la persona desarrollar virtudes para enfrentar las etapas subsiguientes. En este caso, la virtud a desarrollar sería la fidelidad, referida a la capacidad de la persona de comprometerse consigo misma y con otros.

Desde la perspectiva sociológica, la identidad se considera resultado de procesos de socialización primaria y secundaria, en los que ejercen gran influencia las estructuras familiares, la escuela, los grupos de pares y los medios de comunicación social, entre otros. Las interacciones en estos ámbitos constituyen la base de las interpretaciones que las personas hacen sobre sí mismas. Cuando estas interacciones se producen de forma desintegrada o contradictoria pueden surgir crisis de identidad o interpretaciones personales desfavorables que pondrían en riesgo el sentido de pertenencia de los jóvenes, generarían emociones de frustración y enojo, y explicarían conductas no compatibles con las normas sociales.

En la actualidad, la afirmación de la identidad se concibe como un proceso más dinámico, complejo y activo, del cual no necesariamente surge una identidad única, sino una multiplicidad de identidades que pueden variar en el tiempo y resultar beneficiosas para ampliar la interacción social de una persona, pero que también pueden interferir entre sí o entrar en conflicto con las identidades de otras personas, en contextos y momentos específicos.

En este sentido, la identidad es un factor que permite entender los conflictos, no solo porque sentirse (o no) parte de algo condiciona las conductas y respuestas humanas, sino también porque todo aquello que amenace el sentido central de la identidad puede generar respuestas defensivas para protegerla o reafirmarla²⁴. Según Deutsch²⁵, la presencia constante de amenazas, peligros, discriminación o daño potencial tiende a elevar la importancia de proteger la identidad social de una persona.

Ante las promesas de progreso y estabilidad ofrecidas por la “modernidad”, los jóvenes de hoy exhiben un creciente desencanto. No son comparables con sus padres o sus abuelos cuando eran jóvenes, sino que poseen una singularidad propia. La diversidad de sus identidades es una de sus principales características, como también lo son el desencanto, un marcado desinterés por la política y una generalizada pérdida de confianza en las instituciones. Viven, además, en un mundo cada vez más inseguro, donde el Estado —carente de

relatos colectivos que le otorguen sentido a la historia y a los individuos— es incapaz de dar respuestas a los fenómenos globales. En esta “sociedad de la incertidumbre”²⁶, los jóvenes, como los migrantes, desdibujan las líneas fronterizas que demarcan el viejo mundo.

El siguiente capítulo presentará a los jóvenes salvadoreños de hoy y analizará cómo la violencia en el país ha sido el escenario en que han madurado no solo esta, sino ya varias generaciones; asimismo, planteará las consecuencias que esto puede tener.





La juventud salvadoreña

Una fotografía rápida

Independientemente de la definición adoptada para analizarla, la juventud se presenta como una edad llena de contradicciones, difícil de transitar para quienes la viven y difícil de comprender para quienes la miran desde afuera. Por otro lado, la juventud es el grupo sobre el que las sociedades fundan las bases del futuro y depositan sus esperanzas. Las personas jóvenes y su acción representan innovación, emprendimiento, recambio político, nuevas ideas y valentía.

En El Salvador la ley²⁷ establece que joven es una persona entre los 15 y los 29 años de edad, sin distinción de nacionalidad, etnia, género, religión, discapacidad, situaciones de vulnerabilidad o cualquier otra condición particular. La realidad de buena parte de la población juvenil, sin embargo, tiene el rostro de un drama social, pues se trata de una generación expuesta a la exclusión y, peor aún, a una creciente situación de violencia e inseguridad ciudadana. Esto no debe seguir ignorándose. No se debe soslayar el hecho de que miles de jóvenes en el país crecen en medio de la violencia o rodeados por ella.

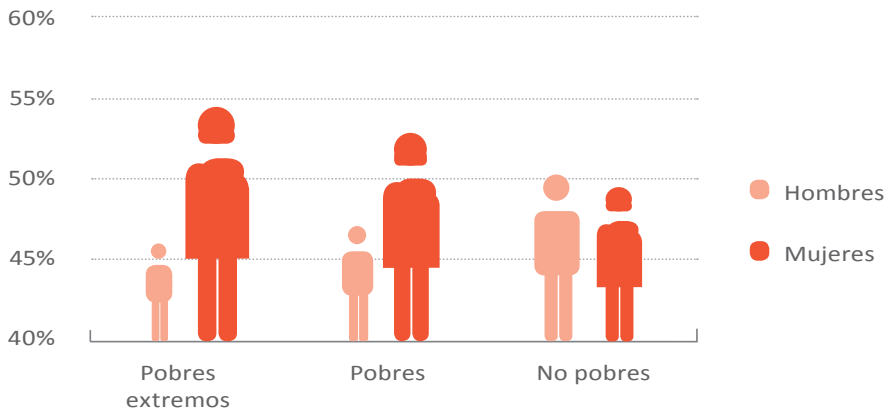
Este capítulo caracteriza brevemente a este grupo y muestra las diferentes realidades que enfrentan. Adicionalmente, se presenta la vinculación histórica de la juventud de El Salvador con la violencia.

En el país hay un 1,757,000 jóvenes, que representan el 28 % de la población²⁸. De estos, 49 % son hombres y 51 % son mujeres; 62 % viven en la zona urbana y 38 % en la zona rural. Asimismo, 4 de cada 10 son pobres; 3 son pobres relativos y 1 vive en pobreza extrema. Existe en este grupo social una marcada feminización de la pobreza: tanto entre los pobres extremos como entre los pobres, las jóvenes son más numerosas, en 9 y 6 puntos porcentuales respectivamente.

Más allá de los promedios, una realidad se impone cuando las estadísticas se calculan clasificando a la juventud en función de los ingresos mensuales de sus hogares. El 45.5 % de este grupo poblacional pertenece a hogares con ingreso per cápita menor de 89 dólares y únicamente el 14 % pertenece a hogares con ingresos per cápita superior a 208 dólares. Así, emergen al menos dos juventudes que viven realidades diferentes.

Gráfico 1:

Porcentajes de jóvenes según clasificación en pobres extremos, pobres y no pobres, 2012



Fuente: Elaboración propia con base en EHPM 2012 (DIGESTYC, 2012).

La educación promedio entre los jóvenes pobres del país es de 7 años, y la de los no pobres es de 10 años. Claramente, con los 3 años de diferencia, entre un grupo y otro existen enormes abismos de oportunidades. Sin embargo, incluso entre los más favorecidos el promedio educativo es de solo 10 años, apenas el umbral mínimo necesario para evitar la pobreza²⁹. Esto implica que en El Salvador, incluso los más aventajados en términos de ingresos enfrentan limitadas oportunidades educativas.

La situación laboral también es compleja pero diversa en función de su condición económica (tabla 1). El 48 % de la población joven se encuentra ocupado; el 46 %, inactivo; y el 6 %, desempleado. Sin embargo, entre los pobres y los pobres extremos la categoría predominante es la de inactivos. Lo contrario ocurre entre los no pobres: el 52 % se encuentra ocupado³⁰.

Estas estadísticas hablan de miles de jóvenes salvadoreños de distinta extracción social cuyo mayor anhelo es estudiar o trabajar. Hacer realidad esas aspiraciones, dicen, los llevaría a alcanzar el propio bienestar y a contribuir al del país. Independientemente de la clase social a la que pertenecen, los consultados ponen su futuro en la posibilidad del estudio y el empleo (recuadro 1). Algunos expresan seguridad de que están en condiciones de alcanzar sus sueños, otros tienen dudas y miedos. Lo importante es no dejar de ver a todas esas personas que luchan y sueñan con transformar sus realidades y, con ello, la situación del país.

Tabla 1:

Situación laboral de los jóvenes, 2012

	Pobre extremo	Pobre	No pobre	Total
Ocupado	38 %	43 %	52 %	48 %
Desempleado	9 %	7 %	4 %	6 %
Inactivo	53 %	49 %	44 %	46 %

Fuente: Elaboración propia con base en EHPM 2012 (DIGESTYC, 2012).

Entre las personas jóvenes la tasa de desempleo es casi el doble de la tasa de desempleo nacional. Más grave aún, en el subgrupo de pobres extremos es 8 puntos mayor que la tasa promedio para los jóvenes y casi 4 veces mayor que la tasa nacional³¹.

La falta de oportunidades educativas y laborales para esta población no es exclusiva de El Salvador, sino una marca propia de la juventud global. Alrededor del mundo, la juventud no se resigna a contar con menos oportunidades de desarrollo que las que tuvieron sus padres. Los Indignados españoles, los Occupied de Wall Street en Estados Unidos, los Pingüinos de Santiago de Chile, los movimientos juveniles en Brasil y de otros países son el reflejo de una desesperada reivindicación del derecho a la educación de calidad y al trabajo digno, estable y seguro.

Estos dos pilares del bienestar, estudio y trabajo, son cada vez más esquivos para la juventud salvadoreña y esto la vuelve un grupo altamente propenso a la migración como estrategia para buscar oportunidades. En sus expresiones se percibe una preocupante pérdida de fe en el país para su futuro desarrollo personal.

Voces de jóvenes:

«para el futuro, mi aspiración es...»

Jóvenes estudiantes de universidades sueñan con emplearse para construir un futuro próspero:

“Creo que el sueño o el propósito es, cuando nos graduemos, ejercer nuestras carreras y encontrar un empleo que nos permita tener un estilo de vida satisfactorio, que cumpla con las necesidades más importantes”.

“Creo que sería fundamental encontrar un empleo en la carrera en que nos hemos graduado y poder ejercerla”.

“Sí interesa lo económico, pero trato de no enfocarme solamente en eso. Sino también en ayudar a quien necesite de mí de manera intelectual. Por ejemplo, en mi caso me gustaría dar clases en una escuela. Para ayudarles a pensar un poquitito”.

“Quisiera trabajar en algo grande: prepararme para trabajar en algo que transforme a la gente.”

Quienes no pueden realizar estudios superiores, pues su situación económica no se los permite, deben buscar un empleo. Algunos no renuncian al sueño universitario y

otros se plantean alternativas, como el emprendimiento, para sobrellevar las dificultades de los mercados laborales:

“Yo también aspiro no solo a encontrar un trabajo, sino a seguir estudiando”.

“Yo quiero poner una empresa por mi parte, pero para mientras [no lo hago], conseguir trabajo”.

“Yo he tenido la experiencia de tener que dejar de estudiar para trabajar porque no se puede. Uno empieza a aprender y a valorar, si he llegado hasta aquí, doce años o más de estudio ¿por qué no puedo conseguir más?”.

Más abajo, en la escala social, están los ninis, este grupo de jóvenes que no estudia ni trabaja pero que no deja de soñar con tener una oportunidad para contribuir al hogar y dignificarse como personas:

“[Mi aspiración sería] que me dieran trabajo porque no tengo. Es necesario tener un trabajo”.

“[Mi anhelo] es buscar trabajo para no quedarme estancado. Eso tenemos los jóvenes, que cuando terminamos una carrera, cuesta conseguir trabajo. Aunque sea de cualquier cosa, pero la cuestión es trabajar”.

“Mi sueño es poder encontrar un empleo, y tener los propios ingresos, aunque no sea la gran cosa pero para ayudar a la familia a salir adelante”.

“Cuando uno llega a dejar el currículum, dice ‘púchica, puede ser que sí me salga el trabajo’. Uno empieza a imaginar que ya tiene el trabajo, viendo al futuro diciendo que si sale el trabajo le voy a ayudar a mi mamá, con el estudio, comprar esto, lo otro”.

“Mi aspiración es terminar mi bachillerato, trabajar, pagar una universidad, y sacar adelante a mi abuela”.

Estas voces de esperanza deben ser escuchadas: nos dicen que en El Salvador hay una fuerza pujante en la que reside la verdadera esperanza de futuro, su juventud.

Fuente: Elaboración propia con base en grupos focales con jóvenes salvadoreños en el marco de investigaciones del Informe sobre Desarrollo Humano El Salvador 2013 (PNUD, 2013).

«Me gusta el país, pero no ha progresado. ¿Cómo no me voy a querer ir a vivir en otro país que sé que [tiene] mejor desarrollo? Tal vez sé que es difícil conseguir empleo pero es probable que vaya a poder generar más dinero que acá, para desarrollarme personalmente».

Joven estudiante de colegio

En promedio, la niñez, adolescencia y juventud migrante tiene una edad entre los 13 y 14 años y una escolaridad de 7 años de educación formal³². Por otro lado, entre los adolescentes-jóvenes independientes (entre 13-19 años), la edad promedio de quienes emigran es de 17 años de edad. Al país le hace falta reconocer la realidad trágica de que está perdiendo a sus jóvenes y, con ello, a su potencial productivo. Esta tendencia no se revertirá de forma automática: es necesario caer en la cuenta de que quienes buscan opciones afuera, lo hacen porque los espacios se cierran adentro.

Este breve recuento estadístico revela a una juventud estancada o que avanza lentamente en términos de oportunidades de desarrollo. A este panorama socioeconómico complejo se suma el hecho de que los jóvenes salvadoreños están inmersos en un entorno de violencia que los afecta de múltiples maneras. Sin embargo, se rescatan voces de esperanza que día a día luchan por darle la vuelta al destino.

El siguiente acápite analiza cómo la violencia dificulta el panorama para estos jóvenes.

La violencia como contexto

La violencia y los jóvenes: algunas cifras

La situación de violencia en El Salvador ha alcanzado niveles epidémicos. A pesar de una drástica reducción de los homicidios –la tasa de homicidios por cada 100,000 habitantes era de 70 en 2011 y disminuyó a 40 en 2013 (gráfico 2)–, el país vuelve a ver en el 2014 tasas tremendamente altas y se mantiene como uno de los más violentos del mundo³³.

A esto se suman otros tipos de violencia: innumerables casos de hurto y abuso sexual, entre otros, son padecidos por los salvadoreños. La inseguridad es tal que la ciudadanía

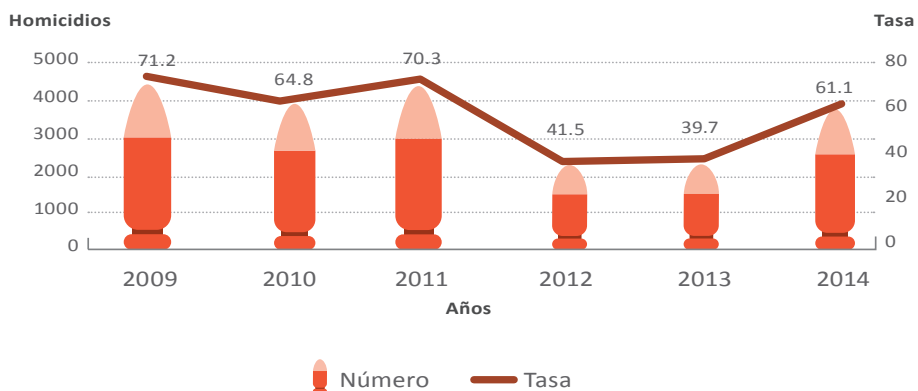
la considera como el problema más apremiante que enfrenta el país, incluso por encima de la situación económica³⁴.

La violencia se alimenta con el accionar de las pandillas, raíz de muchas manifestaciones de victimización que sufre la población salvadoreña. A pesar de que las pandillas no son el único fenómeno que explica la violencia, la percepción de la sociedad es que sí lo son³⁵.

Lamentablemente, el saldo mortal que resulta de la incontenible situación de inseguridad es terrible para las personas jóvenes (gráfico 3). En el periodo 2010-2013, el grueso de los homicidios se concentra entre las edades de 15 a 29 años, aunque eso no significa que no haya víctimas en otros intervalos de edad, incluso entre la niñez. Estas víctimas son en su mayoría hombres. En el 2013 la tasa de homicidios de los hombres fue de 77 por 100,000 habitantes y la de mujeres de 6.5 por 100,000 habitantes³⁶. Las mujeres son mayoritariamente víctimas de agresiones sexuales, violaciones y otros delitos como la trata de personas³⁷.

Gráfico 2:

Serie de número y tasa de homicidios en El Salvador, 2009



Fuente: IUDOP (2014), DIGESTYC (2014), PNC (2015).

Otra arista en la relación de la juventud con la violencia es la de su papel como agentes. En efecto, una proporción importante está vinculada con hechos violentos, como se refleja en las edades de la población penitenciaria; existe una concentración en el intervalo de 18 a 35 años (gráfico 4).

Gráfico 3:
Número de homicidios por grupo de edad, 2010-2013

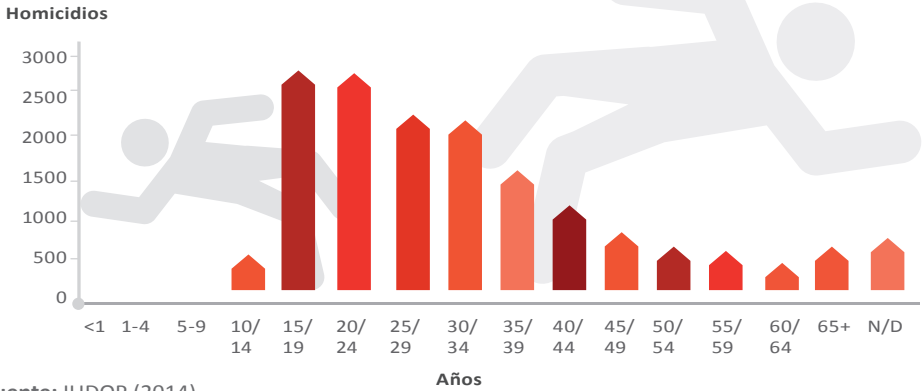
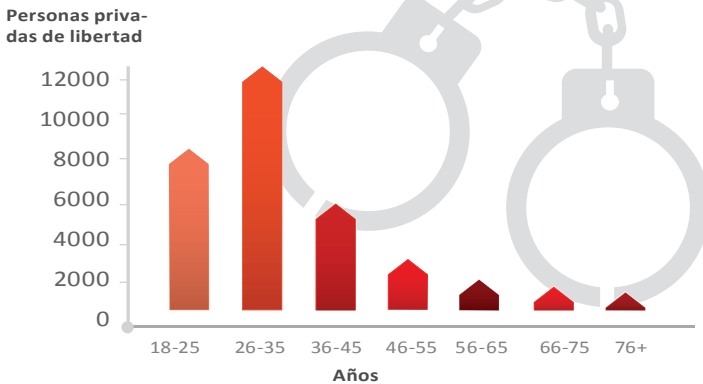


Gráfico 4:
Población penitenciaria según intervalos de edad, 2013



Se da una dualidad en la relación entre juventud y violencia. Por un lado, las personas jóvenes son víctimas mayoritarias de la violencia homicida y sexual en el país, lo que las convierte en una población vulnerable y coarta sus posibilidades de desarrollo. Por otro lado, en proporciones importantes, son victimarias de delitos graves. Debido a la incidencia de la violencia pandilleril, están involucradas como agentes de la violencia de manera particular.

Esto último marca inevitablemente el tipo de idea que construye la sociedad acerca de la juventud, y da espacio a estereotipos que pueden ser muy dañinos. El origen de ese estereotipo negativo no puede desligarse del imaginario que la sociedad ha construido de las pandillas, a las que asocia y culpa de todas las manifestaciones de inseguridad ciudadana y violencia.

El siguiente acápite aborda el peso de la pandilla en la idea de violencia que ha construido la población salvadoreña.

El rostro de la violencia: la pandilla

La violencia que vive la población salvadoreña tiene el rostro de las pandillas. Si bien no estas son la única fuente de inseguridad, en el imaginario social se perfilan como un monstruo capaz de devorarlo todo. Esta violencia se produce en las colonias, en los vecindarios, en las escuelas, en los negocios, y tiene como protagonistas a jóvenes e incluso a niños; basta un gesto de estos actores para amedrentar a toda una comunidad. Esta violencia, además, tiene algo de desconocido y por eso asusta más.

La violencia en El Salvador no es igual que en otros lugares. No se trata de delincuencia común. Un ladrón “común” representa para la gente “un desafío menor”: incluso aseguran que encuentran la manera de imponérsele. Pero las pandillas tienen la capacidad de intimidar hasta al más valiente.

Si alguien se encuentra con un pandillero sabe que debe mostrarle respeto y un resignado sometimiento a sus exigencias (dinero, bienes, alimentación, transporte). No solo lo respalda el poder que le da la pandilla, sino también la impunidad que le otorga, de hecho, un sistema incapaz de contener el fenómeno.

«Si algún marero se llega a topar con alguna persona que no conoce, la apariencia de cómo se viste, su cara, su postura y todo, intimida a las personas.»

Joven residente del Área Metropolitana de San Salvador

Detrás de un pandillero existe toda una organización con su propia fuerza. La pandilla se vincula en la mente de la gente con extorsiones, violencia homicida, homicidios con saña, robos, narcotráfico... Cualquier atrocidad se asocia con la palabra “pandilla”. Al entenderse como una unidad organizada, se piensa que maneja mucha más información que el resto de la población, y que la utiliza para convertir a cualquier persona común en potencial víctima. Por ejemplo, el ser objeto de extorsión implica que la pandilla conoce mucho sobre la víctima y su familia. Esto hace que las personas no se sientan seguras en sus casas, ni confíen en las autoridades.

«Yo tenía un problema con un muchacho de esos, y me dijo: ‘yo me voy a dar cuenta si vas a la policía’. ‘¿Por qué te vas a dar cuenta?’, le dije. ‘Ah, porque yo tengo familiares en la policía, yo mismo puedo hablar y preguntar.»

Mujer joven de comunidad de San Salvador

La pandilla es percibida como una entidad mucho más fuerte que la suma de sus miembros: su estructura constituye el verdadero enemigo. Las pandillas son vistas como un sistema económico y una estructura social paralela a la del resto de la sociedad. Tienen su propia jerarquía, con rangos delimitados y fórmulas para ganar respeto; poseen códigos y principios particulares que determinan la forma en que actúan; y también ofrecen caminos de éxito, formas de acumulación de riqueza y concepciones del valor del trabajo distintas. Ellas son las que actúan y se tragan las individualidades.

«La pandilla les da lo que ellos querían, les da seguridad, nadie los puede tocar.»

Director de organización no gubernamental

El fenómeno se ha convertido —en la mente— de la gente en un imperio y, como tal, impone reglas y leyes en las comunidades, tributos en forma de extorsión, se adueña del territorio progresivamente, regula las entradas actuando entre calle y calle como autoridad fronteriza, establece toques de queda, y decide quién vive y quién muere.



La mayoría de la juventud salvadoreña desea encontrar un trabajo digno y aportar a la sociedad.

«La población civil, que es la gran mayoría, siempre vive atemorizada de que la situación no ha cambiado; de que de un rato a otro va a haber un homicidio y todo mundo va a tener que quedarse callado».

Docente de escuela pública

En definitiva, el miedo a la pandilla ha logrado acaparar las mentes de los salvadoreños, les ha robado la tranquilidad, la confianza en las instituciones y en la bondad del vecino. La pandilla es como un fantasma que está en todos lados pero no siempre puede verse; esto hace que se desconfie de todos, hasta de los niños.

“Hay niños pequeñitos que ellos [los pandilleros] mandan a que vayan a ver quién, a ver qué oyen, qué ven, y luego van con ellos y les dicen. Después ahí [está el pandillero] a la par de uno”.

Joven habitante de comunidad de San Salvador

Es posible diferenciar diversos tipos de pandilleros. Unos están tan llenos de maldad que no hay posibilidad de retorno en sus vidas. La gente habla de pandilleros que ya cruzaron el umbral, intrínsecamente malos, que no están interesados en insertarse de nuevo a la sociedad, ni necesitan cambiar porque se sienten cómodos así como están. Con ellos, según la población, lo único que puede hacerse es dejarles caer el peso de la ley cuando cometan actos que lo merezcan.

Por otro lado, están los que pueden ser rehabilitados, los rescatables. Se piensa que abordándolos de la forma correcta y con alternativas adecuadas, pueden llegar a cambiar. Se considera que han recurrido a la pandilla porque intentan escapar de los problemas que enfrentan, que simplemente están desorientados, y que una desafortunada conjugación de factores sociales los empujó a estas agrupaciones. Estos solo necesitan un poco de ayuda y atención. Esta humanización del pandillero es más común cuando se trata de miembros de la propia comunidad, y se ha crecido junto a ellos, y se conocen las carencias con las que ha vivido.

Esta doble categorización del pandillero es también una manera de ver a los jóvenes. La analogía puede ser peligrosa. Ciertamente, los pandilleros suelen ser jóvenes, pero no todos los jóvenes son pandilleros. Sin embargo, como se verá más adelante, ante la fuerza del miedo y la intimidación que produce la pandilla, también se distorsionan las percepciones hacia la juventud en su conjunto. Antes de abordar este tema, conviene examinar cómo la violencia no es una realidad nueva en el país; este “vivir históricamente” en medio de la violencia tiene consecuencias negativas y peligrosas.

La violencia como realidad histórica

La violencia no es un problema de coyuntura en el país, sino una realidad que es parte de su historia. Como lo canta su himno nacional, El Salvador es una nación que se delimita y se construye con sangre: “Dolorosa y sangrienta es su historia, pero excelsa y brillante a la vez; manantial de legítima gloria, gran lección de espartana altivez”. Esta estrofa rememora las cruentas luchas que se libraron en el siglo XIX, en el fracasado proyecto de la federación centroamericana, que tuvieron en el territorio salvadoreño uno de sus principales campos de batalla.

Los salvadoreños también han sido recientemente protagonistas de una guerra civil que duró una década y cobró la vida de al menos 75,000 personas. Una guerra civil puede ser consi-

derada el rompimiento más radical de la conciencia nacional y del tejido social que puede vivir una nación. A esto se suma un periodo de más de 20 años en que la inseguridad ha ido en ascenso y ha cobrado la vida de casi la misma cantidad de salvadoreños que la guerra³⁸. Así, no parece equivocado pensar que la violencia se ha encarnado en los salvadoreños y ha echado raíces, afectando la manera en que se convive³⁹.

Efectivamente, la historia del país se ha caracterizado por conflictos de diferente índole. Los jóvenes de varias generaciones han forjado su identidad individual y colectiva en medio de la violencia. La primera gran consecuencia de crecer en la violencia es que esta llega a considerarse como algo “natural”, lo cual afecta la psique de los salvadoreños, su conciencia personal y social. Sería ingenuo pensar que el ser humano no paga un precio por el desgaste que supone adaptarse a estas situaciones estresantes y, en muchos casos, límites.

Nos acostumbramos a vivir en esa “normalidad anormal”, en relaciones deshumanizantes, que niegan al otro como persona. Este tipo de sociedad ha propiciado que los jóvenes crezcan en un ambiente de socavamiento de las relaciones sociales, que son el andamiaje donde se construye el ser humano como persona y como miembro de la comunidad. Ese deterioro de la convivencia social es, en sí mismo, un grave trastorno que reduce la capacidad colectiva de trabajar y afirmar la peculiar identidad en la historia de los pueblos⁴⁰.

El deterioro de la convivencia y el ambiente de violencia constante potencian la idea de “superhéroe” en el niño-adolescente, de manera que este —para sobrevivir— se vuelve proclive a mantenerse en una pelea constante contra los “otros”, o simplemente busca distinguirse de ellos. Aunque puede verse como natural en esta etapa de la vida, particularmente en la adolescencia, la identificación psicológica con la fuerza (incluso ilegítima o ilegal) podría no ser grave, de no ser porque los jóvenes salvadoreños han encontrado espacios organizados para ejercer esa fantasía. En la historia de la guerra civil, fue la lucha guerrillera; en la actualidad, la afiliación a las pandillas.

En las pandillas, se destacan una serie de identidades: ser joven, pobre y excluido; marginado, macho y fuerte. Estas afirmaciones establecen diversos “nosotros” que se distancian de “otros”, adquieren formas que pueden ser más o menos antagónicas y amenazantes para la cohesión social, o conducentes a conflictos que tienden a parecer irresolubles (diagrama 1).



De cómo la inseguridad ha transformado el día a día

El clima de inseguridad ha exigido cambios en el comportamiento de las personas. Hoy en día, las decisiones insertadas en una mentalidad de sobrevivencia son cotidianas e inconscientes; las personas actúan para proteger su integridad y sus posesiones.

Cada día, los padres y madres de familia deben tomar decisiones para proteger sus vidas y las de sus hijos. La inseguridad toma una gran preponderancia en decisiones laborales, educacionales, etc. Se evitan rutas o se cambia a los hijos de escuela; se les matricula en colegios privados; los adultos cambian de trabajo o los dejan para quedarse en casa y cuidar a los hijos. La situación requiere formular estrategias.

Muchas tareas cotidianas, como el solo hecho de entrar y salir de su casa y su colonia, se han vuelto mucho más difíciles. Existe especial preocupación hacia las hijas y los embarazos juveniles, pues debido al poder de coerción de los pandilleros, temen que estos simplemente decidan “tomar” a las jóvenes. En este ambiente de miedo, las mujeres sufren mucho, pues se crean nuevas maneras de exclusión social.



Por ello es preciso cuidar y estar enterados de cada espacio y de cada minuto en la vida de los hijos. Por supuesto, esta constante toma de decisiones es más fuerte para las personas que viven en comunidades “tomadas”, pero también aplica para quienes viven afuera de ellas.

Dentro de sus comunidades, las personas saben cómo moverse, qué espacios les pertenecen a los delincuentes, con quiénes es mejor no relacionarse, con quiénes es mejor no buscar problemas. Las actividades nocturnas están vetadas. Los eventos culturales son boicoteados, los espacios lúdicos son tomados por la pandilla. Esta decreta toques de queda para permitir o impedir la movilidad de las personas. La mara controla la vida de la comunidad a través de las amenazas.

Cada decisión debe ser evaluada bajo la lupa de la seguridad: a qué lugares asistir, qué cosas se pueden portar en la calle, y hasta si se debe o no mantener relaciones con los vecinos.

Fuente: Elaboración propia con base en trabajo cualitativo.

Diagrama 1:
Identidades y escalamiento de conflictos



Fuente: Elaboración propia con base en Northrup (1989).

De no identificarse y comprenderse estas múltiples identidades, y de no encontrar formas de prevenir la progresiva deshumanización de los unos por los otros, se corre el riesgo de que persista un conflicto de larga duración.

Otro elemento que afecta la identidad juvenil de los salvadoreños es la mirada adulta que se posa sobre ellos y que, en el contexto de violencia, se carga de negatividad. Sobre los hijos o los jóvenes cercanos, el adulto aparece lleno de preocupaciones, creándoles miedos y poniéndoles límites objetivos y subjetivos: "no salgas", "no hables con...". "No crezcas" parece ser la última de las prohibiciones que se hace a los más pequeños, para protegerles, especialmente cuando se vive en contextos de alto riesgo. Estos, por su parte, sin espacios para desarrollarse, en una realidad en que las oportunidades son estructuralmente limitadas, se asfixian.

Pero también está la otra mirada, la que se vuelve prejuiciosa contra la juventud, pues son ellos los revoltosos, los violentos, “los malos”. Esto cierra las puertas a las personas jóvenes sin distinción, frustra a los “buenos” y otorga argumentos a quienes han elegido el camino de la criminalidad pues “no hay más opciones”.

A continuación, se ofrecen evidencias de las dificultades que viven quienes están fuera de las pandillas –la mayoría de la juventud salvadoreña– en una sociedad afectada por la violencia. Muchas de estas dificultades provienen del entorno, pero también de personas adultas que les lanzan una mirada injusta.





Ser joven y no pertenecer a una pandilla

Espacios de riesgo

Cada día muchas personas jóvenes experimentan la presión de sortear las amenazas y el acoso de las pandillas que las reclaman, para convertirse en personas de bien. El problema es que lo hacen en un entorno donde se desconfía de su propensión a desviarse del camino.

La juventud de las filas pandilleriles ha generado y generalizado un estigma. La violencia se ha ensañado tanto con los jóvenes que se ha llegado a creer que ello obedece a la condición misma de ser joven: violento, frágil e indiferente.

Este capítulo presenta un recorrido por la vivencia de la juventud en una sociedad violenta. ¿Cómo viven las personas jóvenes el acoso de las pandillas? ¿Cómo se enfrentan a estos dilemas y la desconfianza de la sociedad? ¿Qué expectativas pueden formarse ante este panorama?

Juventud en riesgo

La delincuencia ha propiciado que las comunidades y las personas vivan en permanente estado de supervivencia. En general, la sociedad salvadoreña ha naturalizado el sentimiento de victimización en su vida cotidiana. Se vive en una cultura de temor, donde se sabe que los delincuentes son quienes tienen el poder, y las decisiones se toman en función de sus amenazas, ya sea que estas sean explícitas o solo fundadas en la imagen que estos grupos han proyectado⁴¹.

Por ello, cuando se revisa el fenómeno de la delincuencia solo en su dimensión estadística (la tendencia en las noticias oficiales y medios de comunicación), se observa solo una cara del mismo. O, más que una cara, una simplificación extrema de una compleja red de relaciones.

En diferentes relatos de jóvenes que llevan una vida violenta se identifica su capacidad de fusionarse con su banda hasta morir, un rasgo presente en las pandillas salvadoreñas. Esta motivación encuentra su origen en el estado de fragilidad que las personas jóvenes viven en sus barrios, donde la desafiliación se vive como máxima vulnerabilidad⁴².

Bajo esta lógica de búsqueda de identidad a través de una afiliación, la violencia no es solo instrumental. Así vista, la violencia es una forma de relación, de demandar respeto, ante la amenaza de sentirse vulnerable en el propio entorno.

Las personas jóvenes no afiliadas a pandillas experimentan esas relaciones de primera mano. Se los conoce como jóvenes que viven “en entornos de riesgo”: son quienes viven en comunidades donde hay pandillas, estudian en escuelas con presencia de pandillas, se mueven entre comunidades peligrosas. La mayoría de jóvenes en El Salvador podría caer en esa categoría.

Estos jóvenes son percibidos por los pandilleros como extraños. En el mejor de los casos, se les ve como inferiores. En el peor, como una amenaza a la identidad pandilleril y un instrumento para hacer recordar su poder a través de la coerción y victimización. Así, deben tomar decisiones de supervivencia día con día, especialmente quienes habitan en los focos de violencia. Estos identifican la existencia de un peligro inminente en su entorno, con el que deben aprender a convivir para garantizar su seguridad.

«[A los pandilleros] es de tenerlos ni como amigos, ni como enemigos: ‘buenas tardes, buenas noches, con permiso’, ser educado».

Un joven de Nahuizalco

Como se ha dicho líneas arriba, por temor a la delincuencia, las personas han tenido que modificar sus decisiones de dónde vivir, dónde trabajar, etc. Se imponen muchas restricciones a la movilidad: debe evitarse cruzar entre territorios de bandos contrarios, o hacerlo en compañía de personas locales.

En ese contexto, cada joven debe lidiar con otra circunstancia crítica y es que, para la pandilla, él o ella es un miembro potencial. Esto lo obliga a rechazar constantemente sus ofertas de reclutamiento, aprendiendo a sortear los conflictos entre las mismas pandillas, cuidando de que una de ellas no lo identifique como miembro o simpatizante de la otra. Debe calcularse cada movimiento: no puede criticarlos ni demostrar demasiada simpatía.

Cuidar el tipo de relación con la pandilla es una de las líneas de fuego que la juventud debe sortear para su sobrevivencia.

La dinámica es un tanto diferente cuando se ha crecido con esos mismos jóvenes y los pandilleros son hermanos, primos, amigos de infancia. En estos casos, las personas jóvenes están seguras mientras no interfieran con lo que dicte la pandilla. Son vistas en su entorno como iguales, lo que les da seguridad dentro del microcosmos dominado por la pandilla. Fuera de este, todo cambia. En las otras comunidades se les teme —“vienen de una comunidad con pandillas”— o se les odia —“son miembros de la otra pandilla”—.

Al hablar de violencia juvenil, quizá lo primero que surge es una imagen⁴³. Todos saben qué aspecto tienen los diferentes grupos; su presencia en la calle genera reacciones de miedo o rechazo, y no hace falta interactuar con ellos para sacar conclusiones. Es una reacción primaria a una imagen, que lleva un contenido simbólico. Las pandillas han construido esta imagen y la sociedad se la adjudica a casi todas las personas jóvenes con cierto origen.

«Es que es la misma formación de ellos, las personas tienen un concepto de las pandillas, que matan y todo eso. Hacen cosas que no son correctas, entonces se tiene un concepto de las pandillas y es ahí donde se siente el temor».

Una joven de una colonia de San Salvador

Por otro lado, la comunidad y los cuerpos de seguridad también se encuentran en lucha por defenderse y contrarrestar el fenómeno. Sin embargo, unos y otros distan de constituir una red de apoyo para cada joven. La intimidación fragmenta la comunidad. La desconfianza también está fundada en el hecho probado de que cualquiera, policías o miembros de la comunidad, puede tener una conexión con los delincuentes. Y cuando se sospecha de todos, no puede haber cohesión social.

Con respecto a la autoridad, la frustración de la gente joven emerge al ver la incapacidad de la misma para controlar el fenómeno. Además, esta suele actuar en contra de las personas equivocadas.

«A veces andan bichos robando y a ellos no los paran para revisarlos y a gente particular si los revisan y hasta les pegan».

Un joven de Nahuizalco

La policía y las fuerzas armadas no dudan en tomar acción hacia los jóvenes si sospechan que tienen una conexión con las pandillas o, en el peor de los casos, toman una sospecha sin fundamento como excusa para “disciplinarlos”.

Esto es parte del abandono por parte del Estado que siente la comunidad, no solo la juventud. La Policía Nacional Civil (PNC) es el principal referente del Estado en materia de seguridad pública. Es la más cercana a las comunidades en términos territoriales. Sin embargo, policía y comunidad mantienen una relación vertical y distante, lo cual es reflejo de su funcionamiento jerárquico.

Esta distancia poco contribuye a disipar las opiniones de que la policía no combate la delincuencia con todos sus recursos, o incluso de que es parte de ella. Los funcionarios de seguridad sostienen que los casos de corrupción son la excepción de la regla, aunque admiten su existencia al interior de la entidad.

Esto produce más desconfianza hacia la policía, en particular, y hacia la institucionalidad del Estado, en general. Para muchos, la policía no está de su lado y no defiende lo que es importante para la gente. No solo eso, la comunidad sabe que la policía está enterada de quiénes son los delincuentes que necesita detener y, sin embargo, no toma acciones para resolver la situación. Por su parte, la policía parece encontrarse tan atada de manos como el ciudadano común (recuadro 3).

El intento por “mantenerse en el buen camino”

Hay jóvenes que son pandilleros y muchos otros que no lo son. Sin embargo, crecieron en los mismos barrios, asisten a las mismas escuelas y quizá hasta han sido amigos. Ahora, por el hecho de que unos están dentro de la pandilla, los demás debe calcular su relación con ellos: deben cuidar no ser tan hostiles como para convertirse en enemigos; y deben evitar simpatizar con ellos a tal punto que la comunidad los acuse de formar parte del grupo. Una línea muy fina que de ser cruzada les puede acarrear consecuencias graves.

Aunque están conscientes de las atrocidades que son capaces de cometer, para muchos jóvenes la pandilla es menos una máquina de cometer crímenes, y más un grupo de quienes prefirieron tomar un mal camino, porque no supieron sobrellevar la adversidad en sus vidas.



En un grupo de personas afines, cada individuo encuentra un sentido de identidad grupal y experimenta aceptación.

De hecho, los mismos jóvenes señalan que se ingresa a la pandilla como una vía fácil para obtener poder, recursos y reconocimiento. En la pandilla obtienen la aceptación y el estatus que nunca ha tenido. Una debilidad de carácter les hace buscar la mara.

«Los jóvenes se convierten en mareros, por desintegración familiar, falta de cariño... pero el cariño no solo es de papá o mamá. (...) Yo conozco personas que han salido de orfanatos, que no han tenido ese cariño y son profesionales y sin necesidad de nada de eso» .

Dirigente político

El pandillero elige ese camino porque encuentra el sentido de pertenencia y empoderamiento que no tiene fuera del grupo. De ser otro chico asustado del barrio, pasa a tener una red que lo respalda, y que, aunque le pida entregar su lealtad y su vida, le retribuye con una identidad, poder y apoyo económico. De hecho, la violencia es la manera en que esta juventud rompe con el destino social quizá de inferioridad, escasez e incluso humillación⁴⁴.

Los dilemas de la seguridad pública

Los agentes de seguridad viven de primera mano cómo la red de la pandilla es más eficiente que la propia red del Estado. La comunidad espera que el policía no tenga miedo; es decir, que sea inmune a las amenazas. En teoría, el ser aplicadores de la ley debe otorgarles poder. Sin embargo, pocos notan que los mismos agentes de seguridad experimentan una dinámica similar: sus vidas y sus familias también son amenazadas. En 2014, fueron asesinados 39 elementos de la seguridad pública, y otros 7 habían muerto en circunstancias similares solo en las dos primeras semanas de 2015, de acuerdo con declaraciones de funcionarios publicadas en un periódico matutino. Además, la misma ley que buscan aplicar hace poco por protegerlos en su batalla contra los delincuentes, y sus condiciones laborales no les animan a tomar riesgos.

Muchas personas admiten que cada agente policial tiene muy pocos recursos para actuar. Los mismos agentes de seguridad confirman, por ejemplo, que ellos pueden ser detenidos si agreden a un delincuente durante el cumplimiento de su deber. Además, la cantidad de elementos es muy poca para el tamaño de las poblaciones que protegen, y con frecuencia cuentan con escasos recursos técnicos o logísticos en los puestos policiales. Por si fuera poco, la formación que reciben los agentes de la



PNC, una vez dejan la academia, es prácticamente nula. Los elementos más antiguos aseguran que los nuevos poseen poco compromiso hacia la labor de la institución, y muy pocos aspiran a construir una carrera como agentes de seguridad pública.

En general, la visión del policía ante la seguridad se corresponde con un modelo tradicional represivo, y tiene limitaciones para ver las diferentes aristas que tendría una solución al problema. Sin embargo, algunos elementos, así como los habitantes de los barrios y colonias más afectados, aceptan la necesidad de trabajar con otro modelo. Advierten que para el trabajo policial la cercanía con la comunidad es esencial. De hecho, existen esfuerzos actuales, como el modelo de la Policía Comunitaria, orientado a la prevención del delito, que acercan y relacionan aún más al policía con su entorno. La seguridad, a fin de cuentas, se conseguirá a través de la reconstrucción de la confianza entre vecinos y el fomento una cultura de orden y respeto a las normas de legalidad y convivencia.

Fuente: Elaboración propia con base en investigación cualitativa y en *La Prensa Gráfica* (2015, 2 de enero y 15 de enero).

Esto concuerda con lo expresado por las personas consultadas respecto de lo que se percibe como las motivaciones para pertenecer a los grupos delictivos. La adhesión a grupos violentos, vista desde afuera, respondería a la idea de que el sujeto se “pierde” en lo colectivo, y deja de ser individuo para ser parte de “un colectivo al que se hace responsable de fenómenos de irracionalidad o conductas gregarias más cercanas a la animalidad que a la humanidad”, como afirma Fernández Villanueva⁴⁵. Este estudioso apunta a que esto es una desvalorización de lo grupal por lo individual, y a los integrantes se les presenta:

“como no responsables de sus actos, como personas cuyas acciones carecen de sentido o, por otra parte, como productos de una sociedad en crisis. [En este sentido] se les desvaloriza como sujetos. [En cambio] los agresores se consideran a sí mismos actores sociales plenos, que se confieren sentido a sí mismos y al resto de los actores sociales de la sociedad en que viven. En términos coloquiales, ‘saben quiénes son y qué pretenden’”.

A través del grupo, el individuo encuentra un sentido en la identidad grupal. Esta identidad grupal se basa en la posibilidad de la actuación colectiva⁴⁶.

De cualquier manera, una persona joven sana rechaza esto. Ya sea que se trate de un clamor de identidad o de respeto, ¿por qué necesitaría recurrir a este estilo de vida? Todos los habitantes de comunidades que son focos de violencia viven en más o menos la misma precariedad y escasez, bajo parecidas condiciones familiares. En general, enfrentan los mismos retos estructurales en cuanto a oportunidades para superarse. Aunque la desintegración familiar sea un factor asociado con la búsqueda de pertenencia, no todos acuden al llamado de las pandillas.

Aunque se acepta el papel decisivo de las buenas amistades, se considera una debilidad de carácter dejarse llevar por amistades nocivas. Entonces, la afiliación a la pandilla tiene que ver con la fuerza del propio carácter y las estructuras de apoyo que cada joven tenga. Los factores que explican el ingreso a la pandilla son una combinación de aspectos vinculados con el trabajo, la familia y la propia propensión a dejarse llevar.

“Muchos jóvenes no tienen un desarrollo igual al nuestro y tienden a caer en malas compañías”, dice una joven de Nahuizalco. Sin embargo, parece que estos son fenómenos inevitables ante la falta estructural de oportunidades que lleva a muchos a buscarlas por las buenas o por las malas.

Al final, el veredicto de muchas personas jóvenes es que la pandilla es un estilo de vida para quienes quieren todo fácil. Con esto, defienden su elección de permanecer “en el buen camino”, aún si son objeto de acoso, estigmas y desconfianzas provenientes de toda dirección, en medio de un entorno donde todos resienten la falta de oportunidades.

Viviendo entre espacios perdidos

La comunidad

La juventud resiente vivir en espacios que ya no le pertenecen. El fenómeno pandilleril ha tendido un velo de desconfianza dentro de las comunidades, a tal punto que el sentimiento de colectividad se ha debilitado, porque cualquiera puede acusarlos de tener conexiones con los delincuentes, o tomar represalias en su contra.



Las buenas amistades son valoradas entre la población juvenil para contar con estructuras de apoyo.



¿Y los jóvenes que viven lejos del riesgo?

La situación es diferente para las personas jóvenes con mayores recursos, que crecen alejadas de los entornos conflictivos y que no llevan una relación directa con la pandilla. Para muchos de estos jóvenes de clase media y alta, el núcleo familiar funciona como un sistema de protección con mayor presencia, que da un seguimiento cercano a la formación de los hijos, transmitiendo la aspiración de superarse.

Sin embargo, con frecuencia (y a veces sin consciencia) la manera de proteger y prevenir el peligro de parte de la familia es alimentando el miedo y el desaliento, lo cual acaba por minar la confianza de las personas jóvenes en el país. Por esa razón, entre las aspiraciones de bienestar deseadas por esta juventud



se encuentran vivir en otro país, en un clima de mayor seguridad. Amenazas de robos, secuestros, asesinatos y extorsión a los negocios son un desaliento para ellos, que no creen que el país tenga la capacidad de satisfacer sus expectativas de movilidad social. Así, por ejemplo, quienes tienen oportunidades de salir del país, no consideran volver.

Una juventud sobreprotegida a causa del temor tampoco es libre de desarrollar al máximo sus potencialidades.

Fuente: Elaboración propia.

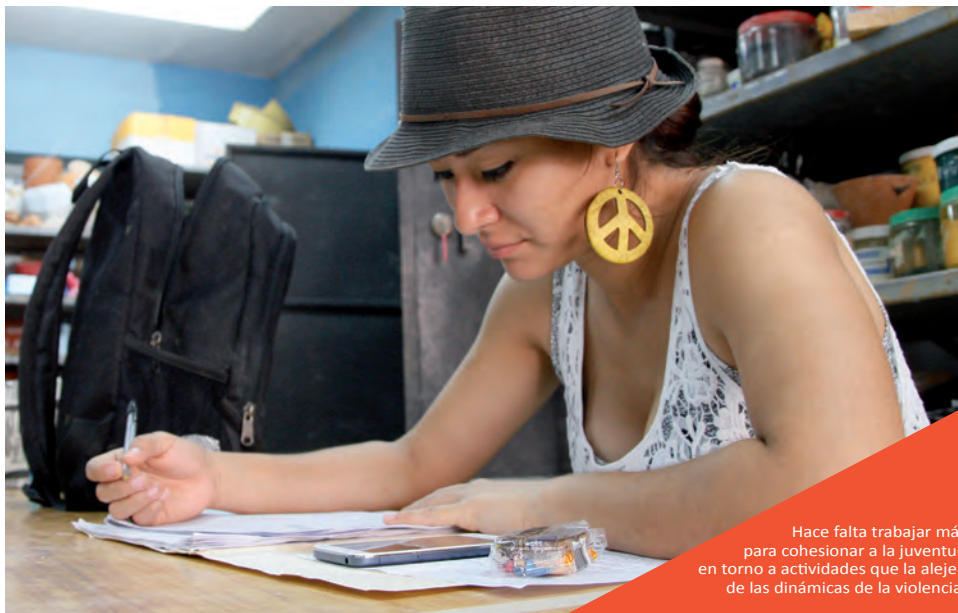
Muchas personas jóvenes resienten cómo la confianza se ha ido minando con el paso del tiempo: “nadie se saluda en las calles”, “de noche todos están guardados en su casa bien temprano”. El deterioro de la vida comunitaria se debe a que, en primer lugar, los esfuerzos de los gobiernos locales, asociaciones comunales y diferentes organizaciones por mejorar la convivencia son sofocados por las restricciones de los grupos delictivos. La realización de actividades culturales y deportivas, el uso de espacios recreativos, los proyectos de desarrollo local, incluso los proyectos de inserción para pandilleros, todo puede ser boicoteado por la pandilla, ya sea en una acción directa, o a través de las mismas restricciones a la movilidad que establecidas por el dominio de los territorios.

Por ese motivo, cada esfuerzo por mejorar la comunidad requiere de un trabajo titánico para cohesionar a sus miembros. En cambio, el silencio y los instintos de autopreservación han vuelto a todos cómplices por omisión (y por temor) de la delincuencia. Así, la pandilla se ha convertido en una especie de institución ilegítima pero muy efectiva para ejercer sus reglas. Esa es la fuerza de su intimidación: las “leyes” de la pandilla se cumplen más que las del Estado, ya que, hoy en día, aquella cuenta con mayor capacidad de hacer cumplir sus condiciones por la complicidad de las personas. Hay jóvenes que luchan por mantenerse siendo comunidad: equipos de fútbol, grupos de voluntarios o boys scouts intentan reconquistar las calles y los parques, aun corriendo el riesgo de perder la vida.

La escuela

La gente joven está perdiendo la seguridad dentro de sus escuelas; eso es quitarles la mitad del espacio en que vive, y donde está llamada a aprender y a desarrollarse. La inseguridad en los salones de clase, debida a la presencia de alumnos pandilleros, desencanta a miles de jóvenes sobre sus oportunidades de futuro. La escuela, cuando hay presencia de pandillas, es incapaz de ejercer su labor transformadora en la vida de las personas y no puede cultivar expectativas de superación.

En este escenario, una nueva dinámica de poder y estatus se origina en la intimidación. La escuela se vuelve otro espacio donde los pandilleros ejercen su coerción, esta vez hacia maestros y compañeros. Las reglas escolares se manejan discrecionalmente, dependiendo de quién sea el estudiante, y los pandilleros son capaces de forzar la promoción del curso, o asegurar silencio ante abusos y maltratos. Por esto, el alumnado pierde la confianza en los docentes, al percibirlos incapaces de resolver el problema.



Hace falta trabajar más para cohesionar a la juventud en torno a actividades que la alejen de las dinámicas de la violencia.

“La indiferencia hace pensar que la solución no le compete a nadie. La indefensión que viven los alumnos acosados por los pandilleros es producto de esa sensación de que nadie está dispuesto a enfrentarlos... Estos, a su vez, degradan la posición del docente y contribuyen a que sea visto como un ‘don nadie’⁴⁷.”

Hay un espacio cotidiano en que la juventud recibe la señal de que “ser bueno no compensa, pero ser transgresor proyecta beneficios porque basado en las amenazas se pasan las materias o se gana cierta forma de respeto”. Ser miembro de una pandilla es garantía de impunidad y de formas negativas de estatus, lo cual peligrosamente puede convertirse en una aspiración, al ver los jóvenes que estas conductas son premiadas con popularidad: “a las bichas les gustan los bichos que fuman marihuana y tienen más dinero”, “los maestros no le hacen nada a la pandilla”, son algunas de las percepciones.

La vivencia de estas tensiones en el salón es efecto inmediato de una crisis más profunda que se gesta en las escuelas y que, en general, tiene que ver con el detrimento de la escuela como factor de conversión para alcanzar la movilidad social⁴⁸.

Los modelos de conducta en la escuela y en la comunidad se han vuelto negativos. El pandillero se gana las calles y las aulas a base de intimidación y, “al salirse con la suya”, ha cambiado los modelos de conducta para los demás jóvenes, pues aquellos son los que obtienen reconocimiento, popularidad y atracción del sexo opuesto. Se envía el mensaje de que el esfuerzo y el respeto a las reglas parecen no retribuir.

Con estas dinámicas, la función de la escuela pública se altera y, “en vez de constituirse en un espacio de protección, se convierte en uno de riesgo, del cual algunos deciden alejarse, a veces de manera temporal y otras, de forma definitiva”⁴⁹. La autoridad escolar, encarnada en la figura docente, pierde credibilidad y capacidad de transmitir valores y conocimientos necesarios para formar ciudadanos de bien e inculcarles aspiraciones de superación. Si las pandillas impiden a un alumno continuar sus estudios, o bien este decide que no vale la pena esforzarse en esas circunstancias, tendrá menos oportunidades de superar su entorno adverso.

La perspectiva docente

Los maestros son otro grupo que recibe juicios por su aparente ineficacia en la formación de la juventud. La comunidad les reprocha su incapacidad para imponer autoridad dentro del aula, o su carencia de vocación como educadores. El docente no se queda atrás, y responsabiliza en parte a la familia, que abandonó o descuidó a los hijos que se convirtieron en delincuentes o pandilleros.

De cualquier manera, la vivencia de docentes y autoridades escolares es bastante compleja. Si se observa solo la estadística del fenómeno, el maestro se enfrenta al aumento en las tasas de deserción escolar. Situación en la que solo les resta ser espectadores pasivos, bajo amenaza de ser victimizados ellos mismos. Por otro lado, muchos son amenazados y deben irse a otras escuelas para no morir.

Mientras tanto, las sucesivas amenazas y el perpetuo estado de intimidación repercuten en la permanencia y el rendimiento académico del alumnado. Así, la inseguridad agrava la repetición escolar y la sobreedad.

Estas dinámicas cotidianas transforman paulatinamente la escuela. Primero, porque esta se ha convertido en una posible red de reclutamiento de pandilleros que las



autoridades escolares no pueden detener. Luego, si los docentes pretenden fungir como guías o consejeros de estos jóvenes, son rechazados. Su empatía suele percibirse como intromisión o, en el peor de los casos, como una amenaza. Los alumnos pandilleros expresan abiertamente al docente que han amenazado a otro alumno para que no regrese el próximo año; por su parte, muchos maestros se ven obligados a promover de curso a pandilleros.

La incapacidad de proteger a alumnos sanos es motivo de frustración e impotencia. Algunos consideran que sería más fácil solo tener estudiantes pandilleros en el salón de clases, para no tener que preocuparse por proteger al resto.

Esto no solo compromete la calidad en un sistema educativo que tiene muchas áreas de mejora, sino que además destruye el principal espacio de convivencia y formación para la niñez y la juventud, después de la familia. El que debería ser un santuario para la formación de ciudadanos de bien, se convierte en un caldo de potenciales víctimas o victimarios.

Fuente: Elaboración propia a partir de estudio cualitativo y PNUD (2013).





Una juventud incomprendida

Luchar contra los estigmas

Todo se puede y se debe cambiar, parece ser el lema de las juventudes; las sociedades, en su afán de estabilidad, les temen. Parte de este temor se debe a la incomprensión de sus demandas y necesidades, y esto suele dar lugar a visiones equivocadas sobre las personas jóvenes e incluso producir estigmas. La brecha generacional siempre ha vuelto difícil la comunicación entre adultos y jóvenes.

Estigmas

Más aún, en entornos como el salvadoreño, la inseguridad contribuye a que la juventud se convierta en un grupo estigmatizado. Particularmente, el fenómeno de las pandillas, cuyos miembros más visibles suelen ser jóvenes, amenaza la integridad de todos sus congéneres, así como su imagen ante una sociedad atemorizada y desconfiada.

Del discurso de la sociedad se pueden extraer tres estigmas sociales en este respecto. Primero, los jóvenes son retratados como individuos que carecen de firmeza de carácter y eso los vuelve poco confiables y propensos a la afiliación pandilleril. Segundo, son víctimas de condiciones sociales altamente desfavorables, lo que les condena a no ser agentes de cambio. Tercero, son peligros potenciales para la sociedad y enemigos a quienes hay que evitar.

Esa concepción de la juventud determina la actitud y el comportamiento hacia ellos. Los adultos le temen al joven y esperan lo peor de él. Es como si la delincuencia fuera un germen que poseen todos por el hecho de ser jóvenes, que está esperando los incentivos para despertar. Esto es un problema para la sociedad pues son ellos quienes inevitablemente mañana se pondrán al frente de las instituciones, las comunidades, las familias, las empresas y las organizaciones. ¿En qué se convertirá una sociedad que hoy les da la espalda a sus jóvenes?

Es necesario develar el verdadero potencial de la juventud salvadoreña detrás de estos estigmas.

Estigma 1: *La juventud: ¿fácilmente influenciable o flexible al cambio?*

Cuando se piensa en la juventud es común asociarla con una etapa donde la presión de grupo, y la necesidad de encajar dentro de un grupo o categoría social existente puede moldear el comportamiento con facilidad. Se cree que estos elementos pueden cobrar tanta relevancia que vivir bajo principios morales, distinguir lo bueno de lo malo, y evaluar las consecuencias de las acciones serían aspectos relegados a segundo plano.

Sin embargo, visto desde una perspectiva positiva puede pensarse que esta flexibilidad en el carácter vuelve a la gente joven mucho más favorable a los cambios. Esta es una característica social deseable que posibilita mayor resiliencia ante las dificultades; además, en un entorno globalizado, la capacidad de cambiar es necesaria para aprovechar las oportunidades.

Estos atributos, inherentes a la edad y por tanto inevitables, sirven como argumento a algunas personas para explicarse la afiliación a las pandillas: muchos (demasiados) jóvenes son casi instintivamente atraídos por las pandillas y sus actividades.

Por un lado, porque la juventud es identificada con individuos rebeldes, impregnados de una actitud desafiante ante las normas sociales, las reglas y la autoridad; una etapa vital que se alimenta del deseo por experimentar, la curiosidad y la imperativa necesidad de cometer sus propios errores, para trazar así su destino. Irónicamente, por otro lado, ese destino no es original. Es decir, la vida que quieren construir o llevar está determinada por aquella que parece disfrutar el resto de jóvenes de su entorno. A los ojos de la sociedad, por su naturaleza, la persona joven busca sentir que es aceptada, validada y que forma parte de algo, y está dispuesta a actuar de la manera que deba para lograrlo, ya sea una conducta apropiada o no.

«Más que todo, influyen más las amistades que se tienen, [las] que les dicen ‘venite acá [a la pandilla], te vas a sentir mejor».

Carlos, residente en San Salvador

Desde esa concepción, para la juventud, la pandilla representa un medio para manifestar su rebeldía contra el sistema o la sociedad, y a la vez le permite pertenecer. Aporta a esta perspectiva el hecho de que los pandilleros tienen constantes acercamientos no solo a los jóvenes, sino a adolescentes e incluso a niños. Cuanto más pequeños, parece ser que es más fácil convencerlos.



La juventud es una etapa de búsqueda y experimentación, donde los individuos necesitan sentirse aceptados y ser parte de algo.

«En los lugares donde yo vivo y conozco, hay niños de 9, 10, 11, 14 años, y desde ahí esa cadenita de niños ya está, tal vez no tatuados todavía, pero ya son parte [de las actividades de la pandilla]».

Raúl, habitante de zona metropolitana

Este estigma llevado al extremo conduce a pensar que la gente joven es mala, casi por naturaleza. Es común escuchar la opinión de que se vuelven pandilleros porque no tienen en qué ocuparse. Pasan en la calle en lugar de pasar en sus casas, se juntan con otros jóvenes que no estudian, no trabajan, y naturalmente se pierden y se involucran en actividades violentas.

Este razonamiento subyace a muchas iniciativas de prevención: organizar torneos de fútbol, practicar deportes, participar en talleres y charlas motivacionales, enseñarles oficios, proyectar películas. Todo con la intención de mantenerlos ocupados. Se vuelve una regla la idea de que, en ausencia de ocupación, el joven terminará en pandillas, porque la juventud trae consigo esa semilla de la maldad.

«Lo que nos queda a los radios de acción es que los niños pequeños que todavía no están en el ámbito de las pandillas, tengan la opción de no entrar a ese mundo. Crear formas en las cuales podamos mantenerlos totalmente ocupados a esos jóvenes, y que cambien realmente su percepción de la sociedad, para que aunque tengan la invitación de otras personas a unirse a estos grupos, ellos tengan el empoderamiento de decir ¡no!».

Roberto, líder de grupo juvenil religioso

Sin embargo, lo que sin duda es cierto es que la juventud es una etapa llena de novedad. Hasta entonces, las personas jóvenes no han tomado grandes decisiones de vida, tampoco han enfrentado consecuencias de esas decisiones aún inexistentes. Han estado dedicadas a estudiar o, en general, a vivir a la sombra de sus padres o encargados. Es como si la vida está allá fuera, y solo les han hablado de ella, pero todavía no han podido vivirla por su cuenta.

A todo niño le preguntan “¿qué quieres ser cuando seas grande?”, como si hasta entonces será “alguien” y mientras tanto es un ser en potencia, un poco de barro que espera ser moldeado. Esto genera grandes expectativas sobre el momento en que lleguen a ser individuos “completos”.

En ese sentido, al llegar a la juventud sienten que empiezan a vivir, se enfrentan a una etapa con más cartas que jugar: responsabilidades, búsqueda de independencia y autonomía, y la añorada libertad. Sin embargo, es esta libertad la que puede resultar abrumadora y conducirlos a caminos poco deseables socialmente.

«El niño se relaciona con quien quiere, porque nadie le dice nada. La mamá, el papá no están [presentes] porque están fuera [trabajando], entonces el niño no pasa en la casa, y puede hacer lo que quiere, y ahí es donde se va degenerando».

Mirna, residente de San Salvador

Percibir a cada joven como un individuo fácil de convencer o manipular implica que se visualiza no solo como alguien susceptible a su entorno, sino hasta dependiente de él, como si de una lotería se tratara. Quienes tienen el privilegio de nacer en un entorno seguro, alejado de las diferentes formas de violencia, tienen la suerte de su lado; en cambio, quienes conviven con la violencia cotidiana están condenados, sobre todo si no tiene una influencia externa positiva, porque por su cuenta no podrán negarse.

«Lo malo los martilla constantemente, lo malo está todos los días ahí, porque [los pandilleros] viven en la colonia, están en las esquinas, están tatuados, y los niños los miran; pero no miran todos los días a alguien bueno, a alguien que se interese por ellos».

Juan, miembro de un comité de jóvenes en zona rural

Al combinar, por una parte, la característica juvenil de ser altamente susceptible a influencias externas y, por otra, su exposición cotidiana a la violencia y a las pandillas en su entorno de origen, el resultado “natural” es la proliferación de jóvenes pandilleros. Tal razonamiento parece lógico al enfrentarse con la dinámica de violencia. Esto conduce a una conclusión clara: la juventud es estigmatizada como una debilidad de carácter, una fragilidad fácilmente corruptible. Por eso es que hay que guiar a las personas jóvenes, orientarlas al bien, porque de lo contrario se ven arrebatadas por los malos caminos.

Esto no es del todo cierto. Por un lado es innegable la búsqueda de pertenencia e identidad de las personas jóvenes, como también su susceptibilidad a cambiar de opinión en relación con los adultos. Sin embargo, a estos rasgos debe vérselos lo positivo. En la juventud están las nuevas ideas, está la capacidad de progreso, con la mirada hacia adelante, sin miedo a enfrentar el estatus quo.

Estigma 2: *La juventud: ¿víctima o transformadora de la sociedad?*

Cualquier intento de representar a la juventud salvadoreña confluirá en una dicotomía: o es un joven privilegiado, con un horizonte de posibilidades que lo convierte en promesa de un futuro mejor; o proviene de un entorno de origen complicado, donde las necesidades se acumulan y las oportunidades escasean. Mientras el primero está estudiando, el segundo se debate por encontrar una fuente de ingresos, para mantener a un grupo familiar que muchas veces está desintegrado, en un ambiente donde la violencia es común. Este último encarna el estigma del joven víctima de las condiciones sociales, que propende a involucrarse en la delincuencia, en las pandillas y en actos de violencia como una reacción natural a su infortunio, sobre todo respecto del otro grupo de jóvenes.

Desde el lente de este estigma, las personas jóvenes evaluarían a las pandillas —quizás inconscientemente— como cualquier otra opción en sus posibilidades de vida, desde un análisis costo-beneficio, donde los beneficios superan a los costos. Se incorporan a las pandillas para dar respuesta a una necesidad económica, una necesidad de estabilidad. El beneficio consiste en tener un modo de vida, un trabajo, a fin de cuentas.



Concepción adultocéntrica de la juventud

El mundo pertenece a la gente adulta, y les pertenecerá a las personas jóvenes solo cuando alcancen la adultez. Mientras tanto, la manera en que las perciba la generación adulta y el consecuente trato que les dé determinará sus condiciones de vida, actuales y futuras. Al fin y al cabo, son sus padres, sus profesores, sus empleadores, la autoridad. Por tanto, les guste o no a estos jóvenes, el discurso vigente es el de los adultos.

Cada joven no solo es juzgado por adultos, sino que es juzgado como adulto, aunque no sea considerado uno. Esto refleja la visión que lo considera un adulto en formación, a un paso de convertirse en uno de ellos. Un individuo alcanza la adultez con éxito, de acuerdo con los estudiosos, cuando completa estas acciones: dejar la escuela, empezar a trabajar, abandonar el hogar de origen, casarse y crear un nuevo hogar.

En ese sentido, el adulto se considera a sí mismo en una situación de sabiduría. Él es más sabio no solo porque ya superó la etapa de la juventud, sino porque ya alcanzó la meta dentro del ciclo de vida, donde puede desarrollar y hacer uso pleno, o más o menos pleno, de sus capacidades. Reclama, por tanto, saber el camino que se debe seguir. Es decir, sabe, o cree saber, qué acciones y decisiones deben tomar las personas jóvenes para realizar la transición de manera exitosa. Mientras tanto, y probablemente con razón, el joven se siente oprimido y quiere experimentar la libertad de tomar sus propias decisiones.



Este enfrentamiento genera ineludibles tensiones intergeneracionales. Por un lado, los adultos buscan conservar sus definiciones del mundo, estableciéndolas como lo normal, y por otro los jóvenes intentar imponer nuevas definiciones creadas por ellos. Cada generación desarrolla nuevos códigos, destrezas, lenguajes, formas de percibir, apreciar, clasificar y distinguir, como explican los teóricos. Estas diferencias entre las generaciones se originan en la exposición a nuevas y distintas experiencias, condiciones y contextos sociales, culturales, políticos y económicos, y resultan en una idiosincrasia específica, manifestada en aspiraciones, metas, ideas de éxito y concepción del mundo.

Para la postura adultocéntrica, un joven es un adulto que no es adulto. Frente a este juicio su posición es desventajosa, y se le condena sin remedio a ser percibido como inseguro de sí mismo, un trabajo en proceso, un ser incompleto, como apuntan los investigadores. La concepción de la adultez se convierte en la fuente experta que define cuál es la vara para medir a la gente joven.

En este panorama es necesario hallar mecanismos para que la juventud sea escuchada en estos procesos que le atañen tan directamente. Y por qué no, que las personas adultas en sus posiciones de poder no olviden que fueron jóvenes.

Fuente: Elaboración propia con aportes de Gamonedada (2010) y Chaves (2005).



El sentimiento de aceptación y la confianza en los demás son atributos apreciados de la vida en sociedad.

A los ojos de la sociedad, el joven es etiquetado como un ser necesitado que acude a la pandilla como única alternativa viable para no sucumbir en la precariedad y tener la posibilidad de mejorar su vida. Más que una mera agrupación delictiva, esta situación revela una realidad social, que tomó la forma de pandillas, que a gritos pide ayuda y denuncia a una sociedad que ha fallado a sus jóvenes.

«Yo me pongo a pensar cuántas de las personas que hemos tenido todo en la vida si no lo hubiéramos tenido y no hubiéramos vivido en esas condiciones cuántos fuéramos delincuentes».

Alcalde de la zona metropolitana

Muchas personas jóvenes buscan emplearse. Su falta de educación formal o la brecha con los más privilegiados, ya sea en cantidad o calidad, les hace tener menos habilidades valiosas para el mercado laboral, reduciendo sus oportunidades. La pandilla, donde las extorsiones están a la orden del día, es vista como una fuente de empleo.

El hecho de que el dominio territorial de las pandillas parezca extenderse por el país, como sinónimo de su crecimiento, alimenta esta postura respecto de la juventud. La incorporación a sus actividades es una opción más entre la, no tan extensa, gama de posibilidades que la población joven posee a la hora de sortear su futuro para alcanzar sus metas de bienestar. Al momento de evaluar los resultados, es la alternativa que promete beneficio económico con mayor seguridad y de manera rápida. Además, estas organizaciones, a diferencia del mercado laboral, tienen la capacidad de recibir casi cualquier cantidad de jóvenes para ponerlos a hacer algo que les reditúe.

«Ahí [en la sociedad] hay un grupo haciendo fila para encontrar empleo y hay otra línea para entrar a las maras, porque entran a las maras y ya tienen 10 dólares diarios de extorsión».

Empresario

Además de la escasez económica, otra condición social que alimenta el estigma es etiquetar a las personas jóvenes como procedentes de familias desintegradas o entornos familiares poco sanos. Por un lado, los padres se esfuerzan al perseguir la meta de una vida más aceptable y prometedora, sobre todo para sus hijos, y allí es donde la urgencia de separarse se hace presente. Muchas veces el padre se va al extranjero, o una madre soltera debe trabajar para mantener a sus hijos, o ambos deben ir a trabajar, y aun así tienen muchas carencias.

O, por otro lado, están los padres que no se ausentan pero que convierten a estos jóvenes en víctimas de maltrato y violencia intrafamiliar.

«Nosotros lo vivimos [el nivel de inseguridad] en El Salvador por la migración. [Los padres] dejan a sus hijos con otras personas y dejan a la familia, no hay nadie que les dé seguimiento, que les revise las tareas, que les pregunte qué tal están, simplemente que les diga ¿qué tal les fue?».

Docente de instituto público

De una u otra manera, los hijos son descuidados. Pasan solos la mayor parte del tiempo, sin supervisión, sin alguien que les preste atención a lo que hacen, o que revise sus tareas si van a la escuela. No hay quien les imponga una estructura, una disciplina. Probablemente no hay intimidad de familia, espacios de unidad, etc. Ellos buscan un sentido de pertenencia, quieren ser parte de algo, sentirse estimados, apreciados y recibir un poco de atención.

La tragedia de ser nini ¿inactividad o desempleo?

Un subgrupo juvenil con características particulares lo componen los llamados nini, aquellos que ni estudian, ni trabajan, motivados o forzados por variadas razones. Su situación da pie a un estigma relacionado con las condiciones sociales desfavorables que experimentan. Claramente, no son individuos privilegiados, y la capacidad económica de la familia no permite alargar su juventud estudiando; de hecho, con mucho esfuerzo y obstáculos, logran apenas completar la educación media. Sin embargo, tampoco viven la vida adulta trabajando para mejorar sus condiciones, a pesar de la agobiante precariedad.

El estigma radica, según la mayoría de las personas, en que estas personas jóvenes no conocen el valor del trabajo, son vagos, holgazanes, que prefieren las actividades lúdicas. Así, son vistos como individuos ociosos, con mucho tiempo libre, que simplemente no quieren trabajar. La pandilla es para ellos una ocupación atractiva, porque con un mínimo esfuerzo consiguen muchos recursos: ofrece la inmediatez que buscan. Se unen a la pandilla en lugar de ser productivos económicamente, o de estar estudiando para mejorar sus capacidades y oportunidades de empleo. Cuando sí quieren trabajar, no se rebuscan para solventar su situación, sino que se rinden fácilmente.

Sin embargo, el estigma se opone al discurso de estas personas jóvenes, que es uno de obstáculos y de rechazo. Abandonaron los estudios porque sus padres o en-



cargados no pudieron seguirlos costeadando, o ellos mismos trabajaban para cubrir los gastos necesarios, pero las circunstancias, la economía o las oportunidades desmejoraron. Cuando consiguen trabajos, son informales, usualmente en el sector comercio, o son temporales. Están conscientes de la necesidad y no son apáticos, quieren cambiar sus condiciones de vida, pero no consiguen trabajo, a pesar de los repetidos intentos de encontrar uno estable y con una remuneración suficiente.

Los ninis se sienten inmersos en una trampa que los imposibilita. No estudian por la carencia económica y la consecuente necesidad de trabajar, pero tampoco logran conseguir un empleo justamente porque no tienen estudios completos. El origen del problema lo colocan en las oportunidades que les son negadas por su falta de educación, por su lugar de origen, por la asociación reduccionista entre la juventud y las pandillas. Solo por no tener un bachillerato no pueden desempeñar trabajos, aunque sean operativos. Aunque no estudien, no trabajen, y tengan mucho tiempo a su disposición, no quiere decir que deseen o planeen afiliarse a una pandilla. Sueñan con estudiar en la universidad, conseguir un empleo formal, estable y bien remunerado, para poder salir adelante, ellos y su familia.

Fuente: Elaboración propia.

El estigma dicta que muchas personas jóvenes son atraídas a las pandillas porque representan un espacio de aceptación, donde se sienten valoradas, que sustituye a una familia que no les brinda tiempo ni atención. A la vez, se percibe que intentan escapar de esa realidad abrumadora, por ello recurren a la pandilla, sobre todo por estar involucrada con drogas, y obviamente con ella viene la adopción y práctica de distintas expresiones de violencia.

Una dinámica familiar muy particular es aquella donde uno o ambos padres son pandilleros. Si bien la pandilla es un fenómeno principalmente juvenil, esos jóvenes crecerán y se reproducirán. Sus hijos serán espectadores, desde muy temprana edad, de toda la actividad que implica ser parte de una organización de esta naturaleza. De ese modo, tanto la existencia de las pandillas como sus acciones, y la pertenencia a ellas serán vistas como naturales. Esos niños crecerán sin tener alguien que les diga qué es malo o que hay un camino distinto.

«Eso está como una familia en que el papá es doctor, entonces, quiere que el hijo sea doctor. Lo mismo sucede con un pandillero, como el hijo ve que su papá pertenece [a la pandilla] a la larga el niño quiere ser lo que su papá es».

Juan, miembro de comité de jóvenes de una zona rural

Se asume que las personas jóvenes recurren a la pandilla porque intentan hacerle frente o escapar de una realidad que las desampara, y por una conjugación desafortunada de factores sociales terminan uniéndose a estas agrupaciones. La violencia, en este caso, no viene de una maldad inherente a la juventud, sino que se desarrolla debido a la impotencia frente a su entorno. Es manifestación de la frustración resultante del rechazo o exclusión del sistema, e incluso del resentimiento social hacia los más favorecidos.

Lo anterior no quiere decir que este estigma sea más inofensivo. Estas dos juventudes así concebidas deben reconocerse como los polos opuestos de un espectro mucho más amplio de posibilidades donde ubicar a los jóvenes⁵⁰. Si bien la gran mayoría de pandilleros encaja en estas realidades desventajosas, el problema está en asumir que toda persona joven con orígenes desfavorables se convertirá en pandillera.

Es cierto que, en términos prácticos, las personas no pueden distinguir a simple vista quién representa una amenaza y quién no. El pandillero ya no tiene cara, es decir, no



Desarrollar habilidades para desempeñar un oficio es un camino deseable para la mayoría de jóvenes.

tiene clase social, procedencia, no responde únicamente a la imagen del mal vestido, tatuado y mal hablado, porque ahora puede ser cualquiera: todos pueden ser útiles para la organización y pueden tener un espacio dentro de su estructura. De esa manera, para muchos, la forma más efectiva de protección es respaldarse en esta noción reduccionista. Ahora bien, el peligro que aquí se señala es que ello implica la discriminación de muchos jóvenes que comparten entornos de origen en pobreza, viven en zonas dominadas por la violencia, tienen baja escolaridad, etc.

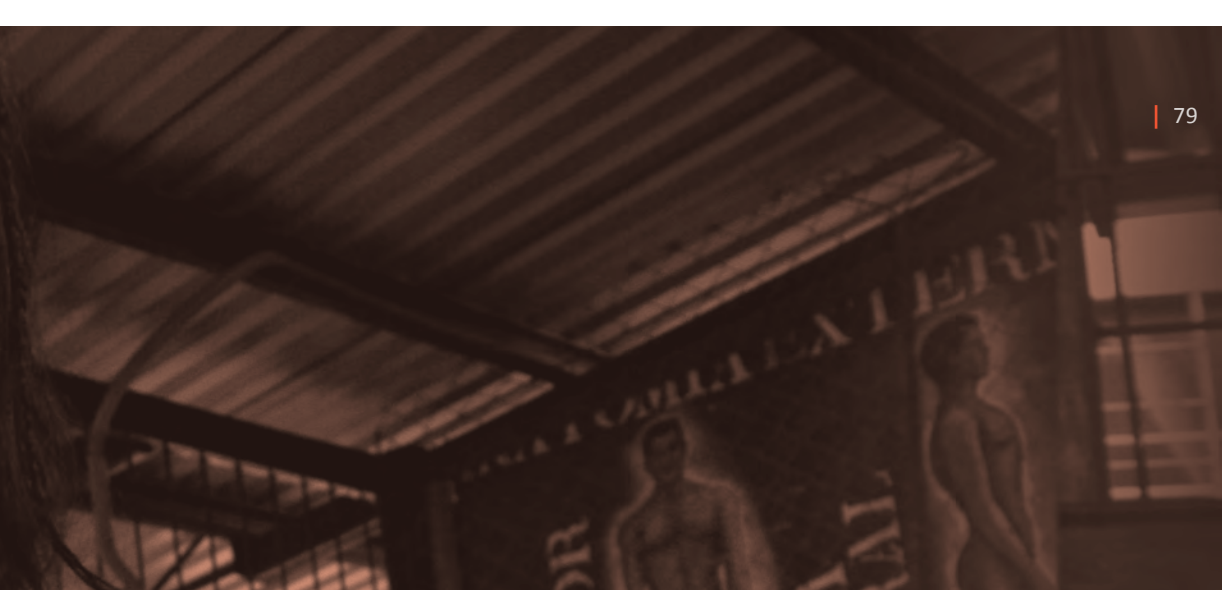
Un ámbito muy sensible para la juventud donde se manifiesta este estigma es en el mercado laboral. Por motivos de seguridad, las empresas cierran sus puertas a todo joven que habite o provenga de comunidades y escuelas con presencia de pandillas, esté o no esté afiliado a una de esas agrupaciones, tal como afirma un estudio del PNUD⁵¹. De esta manera, este estigma se suma a las escasas oportunidades debidas a la baja escolaridad, o a la falta de habilidades superiores y un capital social que los impulse.

La empresa privada: ¿recelo a la juventud?

Las acciones interpretadas como discriminación o rechazo hacia la juventud por parte de la empresa privada no nacen necesariamente de la malicia. Al contrario, pueden nacer de la incapacidad de diferenciar entre las personas jóvenes y de la resignación. Las empresas tienen sus propias batallas que librar, ya que no están exentas de las distintas formas de violencia. El ataque de las pandillas en este ámbito se manifiesta principalmente por medio de las extorsiones. La extorsión no es más que un tributo, obligatorio para el contribuyente, que se paga para que el sistema siga funcionando. Es la herramienta pandilleril para materializar el sometimiento y dar reconocimiento a su poder sobre la actividad económica.

Muchas empresas pagan porque no hay más remedio. Es mejor asumirlo como un gasto de operación, de lo contrario se tiene mucho que perder, y hay que apostarle a la menor pérdida. Como ejemplifica un empresario: “Me dijeron [los pandilleros] ‘cada 15 y cada 30 [del mes] tenés que depositar ese dinero a este y este número’. Entonces yo pago eso cada 15 y cada 30 de mes, lo pago desde hace 4 años y medio, sin falta”.

No existe discriminación por forma ni tamaño a la hora de imponer cuota a los negocios: desde el más pequeño hasta el más grande deben cumplir. Cada uno tendrá una capacidad distinta para hacerlo. Cuanto más pequeño sea, mayor será el impacto en su actividad; muchas veces, la micro y pequeña empresa se ve obligada a cerrar sus negocios, al no ser capaces de compensar esa pérdida de ingresos. Se está hablando de panaderías, reventa de productos, ventas de comida, pequeñas tiendas en las colonias o comunidades,



empresas unipersonales, y que significan, en muchos casos, el único sustento de una familia. La extorsión se vuelve una barrera para entrar o expandirse.

Podría pensarse, entonces, que –para la mediana y gran empresa– no representa mayor preocupación: solo es cuestión de resignarse a ver disminuidas las ganancias, pero en ningún momento pone en riesgo el alimento de la familia, el transporte, el pago de las deudas, solo significa ceder una mínima fracción del volumen de ingresos. Si bien es cierto que muchas empresas tienen la capacidad de sobrellevar esa carga adicional, eso no quiere decir que la tengan más fácil, pues las pandillas imponen otros requerimientos. Algunas empresas ven limitado su acceso geográfico a ciertos mercados, como aquellas que trabajan con rutas, a menos que tengan la “bendición” de la pandilla que domina el territorio, lo cual no solo implica el pago de una renta económica.

Por ejemplo, empresarios de la construcción suelen estar obligados a contratar a miembros de pandillas para las obras que tengan lugar dentro de sus territorios. En su mayoría se trata de proyectos de desarrollo local. En todo caso, la productividad de la obra se afecta, porque muchos de estos pandilleros trabajan mal. Otra práctica común es el pago en especie. Es usual que los delincuentes exijan bebidas alcohólicas y otros productos gratuitos de los negocios. Además, en varias comunidades se han “apropiado” de mercados como los del agua, el pan, el gas, y rubros como los de los bares y discotecas, y la seguridad.

Fuente: Elaboración propia.



La juventud es una etapa de la vida llena de energía y abierta a los cambios.

La situación para la población joven, de hecho, es complicada en el mercado laboral. Para los empresarios, darle empleo a un joven pandillero significa negárselo a otro que siguió el camino legítimo para conseguirlo, estudiando y esforzándose sin hacer ningún daño a sus conciudadanos. De forma no intencionada, se refuerza una conducta negativa, y se castiga una positiva. Se manda el mensaje incorrecto a la población, al premiar al pandillero.

«No hay trabajo y la situación está bien fregada. Yo tengo un trabajo, y tengo a un joven que no le ha hecho daño a la sociedad, que se ha esforzado, que ha estudiado, que ha trabajado por lo que tiene y llega a pedir ese puesto de trabajo; y tengo, por el otro lado, a un marero, que me está diciendo, “para dejar de extorsionar dame ese trabajo”. ¿A quién le debo dar moralmente el trabajo yo?».

Empresario, líder de gremial

Por otro lado, en la práctica, los empresarios no creen que ayudan al dar trabajo a un pandillero, pues el tener empleo estable y bien pagado no implica abandonar la pandilla. Su lealtad es para ella. Una vez se es pandillero siempre se será tal. Los empresarios estarían

ayudando a fortalecer esas agrupaciones porque, como mínimo, sus remuneraciones se pueden convertir en capital para financiar actividades delictivas, si no es que son robados, o extorsionados de formas agresivas. O, peor aún, podrían estar entregando la empresa a las manos y dominio de las pandillas, sin más remedio que obedecer y ceder.

«Usted no puede pactar con ellos [pandilleros] algo mientras ellos sigan siendo mara, usted no puede rehabilitar a un marero que siga siendo marero. Si lo quiere rehabilitar, así como el alcohólico, lo primero es admitir que es alcohólico, el primer paso para rehabilitar a un marero es que se salga, renuncie y abandone la mara. Porque mientras él siga siendo de la mara, su lealtad, su obediencia, sus miedos, su amor, como lo quiera llamar, va a ser hacia la mara, no va a ser hacia la sociedad».

Empresario

De esta manera, si la sociedad no diferencia entre pandilleros y jóvenes honrados, la única respuesta es cerrarles las puertas a todos. De forma intencionada o como mecanismo de protección, lo que resulta es una simplificación que identifica a la juventud con individuos capaces de hacer el mal. Una situación en la que pagan justos por pecadores.

Las consecuencias de lidiar con los estigmas

La población salvadoreña vive con miedo constante, la inseguridad se ha convertido en un gigante que se la traga y la hace temblar; no solo obliga a modificar acciones de la vida cotidiana, sino que cambia a la sociedad en su idiosincrasia, en las etiquetas sociales y en el comportamiento frente a los demás. Una vida, y una sociedad, basada en la desconfianza del otro. Uno de los principales grupos afectados es la juventud, ellos son “el otro” y, por tanto, son víctimas de múltiples estigmas sociales impuestos en función de su carácter de jóvenes.

Ahora, las personas jóvenes, por ser jóvenes, no son de fiar. La juventud se ha vuelto una especie de debilidad social: el joven es un pandillero o un pandillero en potencia. Este proceso de estigmatización lleva a actos de rechazo y discriminación, por lo que es válido y pertinente preguntarse: ¿qué efectos causa la constante imposición de estos estigmas y la identificación de este grupo etario como el enemigo?, ¿acaso la juventud no es la dueña del futuro?

Según la literatura de la psicología social⁵², se pueden esperar dos efectos en la identidad de las personas que pertenecen a un grupo estigmatizado, víctima de discriminación, de rechazo

y prejuicio. En primer lugar, se esperaría un impacto negativo en la autoestima de los jóvenes, debido a la constante exclusión y asignación de características negativas a su identidad. En segundo lugar, si no se manifiesta en la autoestima, el peso de los estigmas se canaliza por medio de ciertos mecanismos de defensa.

Los individuos portadores de un estigma pueden atribuir su pobre resultado en la sociedad a las actitudes prejuiciosas del otro. Es decir, los estigmas son transformados en explicación tanto de las situaciones negativas que derivan de prejuicios como también de aquellas que no derivan de ellos. Esto implica que las personas jóvenes, al ser víctimas de discriminación, atribuyen todos sus fracasos en el medio social —sea en educación, empleo, movilidad social— a la estigmatización y nunca a razones individuales.

Será la empresa privada la que cierra las puertas, será el gobierno, serán los otros. La sociedad se convierte en la gran responsable de todo lo malo que le pasa a la gente joven por causa de los estigmas con que la etiqueta. Así como la sociedad le mira a ellos como portadores del mal, los jóvenes pueden desarrollar resentimiento porque siempre las oportunidades les son negadas.

A la vez, los individuos estigmatizados suelen valorar selectivamente aquellos atributos o dimensiones en las que su grupo sobresale y devaluar, o considerar menos importantes, aquellas en las que se desempeñan pobremente a causa del estigma que cargan. Esa estrategia de defensa a su integridad, y al concepto de sí mismos, puede desembocar en que dimensiones como el trabajo, el estudio, el esfuerzo, la seguridad misma, los principios socialmente aceptados y valorados sean vistos como poco importantes, a modo de afrontar el hecho de que siempre saldrán desfavorecidos en ellos, ya que el mismo estigma se los impide. Pero nada les impedirá volverse vagos, y realmente más propensos a buscar adherirse a las pandillas. El estigma puede volverse una justificación para acudir a la violencia irremediadamente.

De esta manera, los estigmas son obstáculo para crear vínculos intergeneracionales. Para las personas adultas, los jóvenes son peligrosos, holgazanes, de carácter débil, pandilleros y responsables de la inseguridad y la violencia. Para la gente joven, los adultos son los causantes de su discriminación, su exclusión y obstaculización de su desarrollo y consecución de sus metas de bienestar. Esta segregación entre grupos genera una ruptura en el tejido social.



La recomposición del tejido social en el país demanda una comprensión no prejuiciosa sobre la juventud.

El tejido social se entiende, según los expertos⁵³, como “el conjunto de interdependencias entre partes, elementos, procesos donde se dan una serie de relaciones internas e independientes, que sirven de soporte emocional, cultural, físico, social y aún económico a sus interactuantes”. En pocas palabras, es aquello que une a un grupo, basado en sus aspectos comunes, que permite que los individuos se identifiquen como parte de él. Si estos se sienten parte de un grupo, donde se reconocen unos a otros, su accionar solo puede desembocar en solidaridad hacia ellos y en respeto.

Es evidente que no existe un vínculo fuerte entre estos dos grupos de la sociedad. Las concepciones generalizadoras de la juventud impiden crear un lazo de hermandad y solidaridad entre ambos, más bien causan que se alejen y se vean como polos opuestos. Es cuestión de tiempo ver cómo esa ruptura se puede agravar y traer consigo nuevas complicaciones a la dinámica social en general, más complejas incluso que la actual situación de inseguridad.

Conclusiones

El objetivo principal de esta publicación es poner una luz sobre un grupo poblacional clave en la construcción de un mejor país, que por diferentes razones, suele quedar invisibilizado. Más que un diagnóstico, es una llamada de atención. Sin embargo, pueden señalarse algunos elementos concluyentes, contenidos en el libro, que podrían ayudar a una reflexión que encamine una propuesta más profunda para abordar la situación de la juventud en El Salvador.

1. La juventud que cree que la violencia no es el camino a seguir es mayoritaria en el país. Es fundamental tenerlo presente a la hora de canalizar los recursos, de diseñar los proyectos y, en general, las políticas, para que estos jóvenes que creen en un futuro mejor sean sujetos de oportunidades reales que refuercen su decisión.
2. La juventud es una etapa de la vida con debilidades y fortalezas. En sus fortalezas se fundamenta la esperanza de la sociedad salvadoreña cuyo principal desafío es cohesionarse y robustecer su tejido social.

Es necesario un esfuerzo por dotar a este grupo de las herramientas necesarias para apoyar estas tareas y esto requiere, antes que nada, que los adultos confiemos en su posibilidad de ser arquitectos de un mejor país. Formarles en ciudadanía, forjar una mayor conciencia de sus derechos y deberes, así como hacerles conocedores de la historia del país y de su propio rol en el futuro, son algunos de los desafíos que se enfrentan.

3. Las personas jóvenes son claras en decir lo que necesitan: educación de calidad, que les abra las puertas a oportunidades de desarrollar su potencial; y trabajo, que les permita construir su futuro. Frente a estas peticiones, para la política pública hay una ruta clara. Primero, es necesario apoyar una política de Estado en educación integral y de calidad. El sistema educativo debe cumplir con su rol de formar ciudadanía, otorgar herramientas para el trabajo y para la vida, y crear consciencias libres, capaces de proyectarse un país en donde se trabaje por la paz y por el desarrollo sostenible de quienes viven en él.

Segundo, la política pública debe tener una clara disposición a crear espacios laborales justos, protegidos y potenciadores de la humanidad de las personas. A la fecha, los esfuerzos del país han sido muy tímidos. A las voces que han llamado la atención sobre esta necesidad se suma ahora la de la juventud.

4. El problema pandilleril es uno de los flagelos más grandes que vive la sociedad salvadoreña. Sin embargo, mucha gente joven, lejos de amedrentarse o rendirse, ha decidido sortear los obstáculos para que la vida y la libertad se impongan al miedo y a la muerte.

Notas

1. Esos resultados se pueden consultar en el documento del MINED (varios años).
2. Según el más reciente *Informe sobre Desarrollo Humano El Salvador* publicado por el PNUD (2013).
3. Los datos han sido tomados de Santacruz Giralt y Carranza (2009).
4. Según cálculos realizados por el PNUD (2013).
5. Según cálculos propios con base en información de la Policía Nacional Civil (PNC) y la Dirección General de Estadística y Censos.
6. De acuerdo con las encuestas realizadas por el Instituto Universitario de Opinión Pública, de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, UCA (IUDOP, 2010, 2011, 2012, 2013).
7. Una investigación reciente del PNUD (2014) confirma este hallazgo.
8. Así lo registra el *Informe sobre Desarrollo Humano El Salvador 2013* (PNUD, 2013).
9. Datos tomados de la publicación del PNUD (2013).
10. Esta información se puede ampliar en PNUD (2013).
11. Entre otras, se puede consultar las publicaciones de UNICEF (2014), UNFPA (2014) y PNUD (2013).
12. Esto lo afirma Serrano en su artículo titulado “Tres notas y algunas conjeturas sobre jóvenes, violencias y criminalidad” (2012).
13. A esta conclusión llega Serrano (2005).
14. De acuerdo con la publicación de la Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ, 2013).
15. Según la misma fuente antes citada (OIJ, 2013).
16. Como afirma textualmente Martín Hopenhayn (2006).
17. Se hace referencia a Erickson (1968).
18. En el informe UNICEF (2011).
19. Este tema puede ampliarse en Hopenhayn (2006) y Ansell (2005).
20. Según afirma Franco (2012).
21. Esta definición se ha tomado de Martín Baró (1983).
22. Tal como lo explica Northrup (1989).
23. Consultar Erickson (1968).

24. Northrup (1989) amplía sobre este tema.
25. De acuerdo con Deutsch (1973) en su libro *The Resolution of Conflict: Constructive and Destructive Processes*.
26. Así la llama Bauman (2005).
27. Eso establece el artículo 2 de la *Ley General de Juventud* (2012).
28. Estos datos han sido calculados a partir de la EHPM del 2012 (DIGESTYC, 2012).
29. Esta afirmación proviene del *Informe sobre Desarrollo Humano El Salvador 2013* (PNUD, 2013).
30. Según datos de la EHPM 2012 (DIGESTYC, 2012).
31. De acuerdo con la EHPM 2012 (DIGESTYC, 2012).
32. Según datos ofrecidos por el estudio exploratorio realizado por World Vision (2014).
33. De acuerdo con el IUDOP (2014).
34. Así revela misma fuente antes citada (IUDOP, 2014).
35. Según la investigación realizada por el PNUD (2013).
36. Estos datos los proporciona el IUDOP (2014).
37. Así lo afirma el Instituto de Medicina Legal (IML, 2012).
38. De acuerdo con datos del IUDOP (2014).
39. Así lo afirma el más reciente *Informe sobre Desarrollo Humano El Salvador* (PNUD, 2013).
40. Martín Baró, 1990.
41. De acuerdo con el estudio de Fernández Villanueva (1998).
42. Esto afirma Zubillaga (2007) en su investigación sobre la violencia.
43. Esto propone Fernández Villanueva (1998).
44. Según el estudio de Zubillaga (2007).
45. En su libro *Jóvenes violentos: Causas psicosociológicas de la violencia en grupo* (1998).
46. En esta acción social “no tendría sentido individualizar la autoría, ni la responsabilidad”, dice Fernández Villanueva (1998). Como una nota interesante, el autor sugiere contrastar esto con la aplicación de la ley: esta impone la individuación de responsabilidades.
47. Esta cita textual está tomada del *Informe sobre Desarrollo Humano El Salvador* (PNUD, 2013).
48. El *Informe sobre Desarrollo Humano El Salvador* (PNUD, 2013) lo afirma de esa manera.
49. De acuerdo con el *Informe sobre Desarrollo Humano El Salvador* (PNUD, 2013).
50. Como propone Bourdieu (1990).
51. Ver el más reciente *Informe sobre Desarrollo Humano El Salvador* (PNUD, 2013).
52. Ver, por ejemplo, Crocker y Major (1989).
53. Así lo explican, textualmente, Chávez Plazas y Falla Ramírez (2004).

Nota técnica

Esta publicación tiene como insumo principal las consultas realizadas en el marco del Proyecto: “Diálogo político y construcción de propuestas concertadas para la seguridad, empleo y cohesión social”. Las conversaciones allí sostenidas buscaban comprender a profundidad, desde todos los ángulos y perspectivas posibles, tres aspectos fundamentales para un diálogo nacional por la seguridad: temática, contexto y actores claves.

Para dar cumplimiento al objetivo del proyecto se realizó una investigación cualitativa, cuya finalidad no es medir o establecer con exactitud datos sólidos sobre un fenómeno, sino obtener un entendimiento lo más profundo posible. Una de las limitaciones de toda investigación de este tipo es que sus resultados no pueden ser generalizados y, en consecuencia, los datos no pueden trabajarse estadísticamente. Sin embargo, se han seguidos los criterios éticos y técnicos que exige el método para garantizar que la investigación recoja características verídicas de las realidades que aborda. La consulta se realizó en dos fases: la primera, entrevistas semiestructuradas con académicos, líderes de opinión y funcionarios del sector público; y la segunda, grupos focales de personas afectadas por la inseguridad. En esta fase se consultó un aproximado de 90 personas de los municipios de Nahuilingo, Sonsonate, Ilopango, Soyapango, Apopa y San Salvador.

Esta investigación utilizó el análisis estructural de discurso (Bardin, 1991) el cual supone que los sujetos tienen una lógica y lenguaje propio que refleja su conocimiento del mundo, adquirido a través de experiencias sociales, educación y comunicación social que se reflejan en sus aportes.

Grupos definidos para la consulta sobre seguridad ciudadana

Entrevista semiestructurada		Zona geográfica		
		Zona Oriental	Zona Central	Zona Occidental
Académicos y líderes de opinión	Fundaciones y organizaciones no gubernamentales		ES	
Grupos organizados	Iglesias y funcionarios que trabajan con grupos específicos		ES	
Sector privado	Empresarios y organizaciones sectoriales		ES	ES
Sector público	Representantes de partidos políticos y alcaldías		ES	

Grupos focales con sectores altamente afectados por la inseguridad

Jóvenes, adolescentes	Jóvenes entre 14 a 30 años de edad que residan, estudien o trabajen en zonas afectadas por la inseguridad	GF	GF	GF
Docentes	Docentes que formen parte del programa Escuela Segura		GF	
Personal de la corporación policial	Agentes policiales de nivel básico de la Policía Nacional Civil	GF	GF	GF
Líderes y lideresas comunitarios	Representantes de asociaciones de desarrollo comunal (ADESCO) y/o líderes comunitarios organizados, de zonas afectadas por la inseguridad	GF	GF	GF

Nota: ES equivale a entrevistas semiestructuradas y GF, a grupos focales.

Bibliografía

- Ansell, N. (2005). *Children, youth and development*. New York: Routledge.
- Bardin, L. (1991). *El análisis de contenido*. Madrid: Akal.
- Bauman, Z. (2005). *Vidas desperdiciadas: la modernidad y sus parias*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Bourdieu, P. (1990). La “juventud” no es más que una palabra. *En Sociología y cultura* (163-173). México: Grijalbo. Recuperado de <http://perio.unlp.edu.ar/catedras/system/files/bourdieu-pierre-sociologia-y-cultura.pdf>
- Chaves, M. (2005). Juventud negada y negativizada: representaciones y formaciones discursivas vigentes en la Argentina contemporánea. *Última Década*, 13(23): 9-32. Recuperado de http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-22362005000200002&lng=es&nrm=iso
- Chávez Plazas, Y. A., y Falla Ramírez, U. (2004). Realidades y falacias de la reconstrucción del tejido social en población desplazada. *Tabula Rasa*, (2): 169-187. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=39600210>
- Crocker, J. y Major, B. (1989). Social Stigma and Self-Esteem: The Self-Protective Properties of Stigma. *Psychological Review*, 98(4): 608-630. Recuperado de <http://www.researchgate.net/>
- Deutsch, M. (1973). *The Resolution of Conflict: Constructive and Destructive Processes*. New Haven, CT: Yale University Press.
- DIGESTYC. (2012). *Encuesta de hogares de propósitos múltiples*. San Salvador: Dirección General de Estadística y Censos, Ministerio de Economía.
- DIGESTYC (2014). *Estimaciones y proyecciones de población 2005-2050. Departamental 2005-2025. Revisión*. San Salvador: Dirección General de Estadística y Censos, Ministerio de Economía.
- Erikson, E. (1968). *Identity, Youth and Crisis*. New York: W. W. Norton Company.
- Fernández Villanueva, C. (Ed.) (1998). *Jóvenes violentos: Causas psicosociológicas de la violencia en grupo*. Barcelona: Icaria editorial.

- Franco, S. (2012). Los y las jóvenes como actores y víctimas de la violencia y como gestores de paz y convivencia en Colombia. En J. A. Tatis Amaya (ed.), *¿Víctimas o victimarios? Reflexiones sobre jóvenes, violencia y paz*. Colección Jóvenes con dis...cursos. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Gamoneda, A. (2010). *El discurso estigmatizante. Una mirada sobre las representaciones acerca de la juventud de los sectores populares*. La Plata: VI Jornada de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata. Recuperado de <http://www.academica.com/000-027/400>
- Hopenhayn, M. (2006). La juventud latinoamericana en sus tensiones y sus violencias. En J. Moro, *Juventudes, violencia y exclusión: desafíos para las políticas públicas* (29-54). Guatemala: Banco Interamericano de Desarrollo, Terra Magna. Recuperado de <http://publications.iadb.org/handle/11319/212?locale-attribute=es>
- IML. (2013). *Estadísticas de reconocimiento de homicidios, y reconocimientos médicos forenses: lesiones, violaciones y violencia intrafamiliar 2009-2013*. El Salvador: Instituto de Medicina Legal.
- IUDOP (2010). *Los salvadoreños y salvadoreñas evalúan la situación del país en 2010*. Boletín de prensa, 25(2). San Salvador: Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, Instituto Universitario de Opinión Pública. Recuperado de http://www.uca.edu.sv/publica/iudop/Web/2010/boletin2_2010.pdf.
- IUDOP (2011). *Los salvadoreños y salvadoreñas evalúan la situación del país a finales de 2011 y opinan sobre las elecciones de 2012*. Boletín de prensa, 26(2). San Salvador: Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, Instituto Universitario de Opinión Pública. Recuperado de http://www.uca.edu.sv/publica/iudop/archivos/boletin2_2011.pdf
- IUDOP (2012). *Los salvadoreños y salvadoreñas evalúan la situación del país a finales de 2012*. Boletín de prensa, año 27(4). San Salvador: Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, Instituto Universitario de Opinión Pública. Recuperado de http://www.uca.edu.sv/publica/iudop/archivos/boletin4_2012.pdf
- IUDOP (2013). *Los salvadoreños y salvadoreñas evalúan la situación del país a finales de 2013 y opinan sobre las elecciones presidenciales de 2014*. Boletín de prensa, 27(2). San Salvador: Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, Instituto Universitario de Opinión Pública. Recuperado de http://www.uca.edu.sv/publica/iudop/archivos/boletin2_2013.pdf
- IUDOP (2014). *La situación de la seguridad y la justicia 2009-2014. Entre expectativas de cambio, mano dura militar y treguas pandilleras*. San Salvador: Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, Instituto Universitario de Opinión Pública.

- La Prensa Gráfica* (2 de enero de 2015). En 2014 fueron asesinados 39 policías en El Salvador. Recuperado de <http://www.laprensagrafica.com/2015/01/02/en-2014-fueron-asesinados-39-policias-en-el-salvador>
- La Prensa Gráfica* (15 de enero de 2015). Director PNC sobre asesinatos de policías: es un ataque al país. Recuperado de <http://www.laprensagrafica.com/2015/01/15/director-pnc-sobre-asesinatos-de-policias-es-un-ataque-al-pais>
- Ley General de Juventud* (2012). Asamblea Legislativa de El Salvador. Recuperado de <http://www.asamblea.gob.sv/eparlamento/indice-legislativo/buscador-de-documentos-legislativos/ley-general-de-juventud>
- Martín Baró, I. (1983). *Acción e ideología: Psicología Social desde Centroamérica*. San Salvador: UCA Editores.
- Martín Baró, I. (comp.) (1990). *Psicología social de la guerra: trauma y terapia*. San Salvador: UCA editores.
- MINED (varios años). *Informe general de resultados PAES*. San Salvador: Ministerio de Educación.
- Northrup, T. (1989). The dynamic of identity in personal and social conflict. En L. Kriesberg, T. Northrup y S. Thorson (eds.), *Intractable conflicts and their transformation*. Syracuse University Press.
- OIJ. (2013). *El futuro ya llegó. 1ª encuesta iberoamericana de juventudes. Informe ejecutivo*. Madrid: Organización Iberoamericana de Juventud. Recuperado de: http://www.oij.org/file_upload/publicationsItems/document/20130719163951_42.pdf
- PNC. (2015). *Estadísticas de homicidios 2014*. San Salvador: Policía Nacional Civil.
- PNUD. (2013). *Informe sobre Desarrollo Humano El Salvador 2013. Imaginar un nuevo país. Hacerlo posible. Diagnóstico y propuesta*. San Salvador: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Santacruz Giralt, M. y Carranza, M. (2009). *Encuesta nacional de juventud. Análisis de resultados*. San Salvador: Instituto Universitario de Opinión Pública, Universidad Centroamericana José Simeón Cañas. Recuperado de <http://www.uca.edu.sv/publica/iudop/libros/LIBROINFORMEJUVENTUDIUDOP09.pdf>
- Serrano, J. F. (2005). Representaciones que violentan a los jóvenes. En L. E. Sierra de Arango y F. Rojas Moncriff (eds.) *Violencias contra jóvenes*, 133-140. Bogotá: Goethe Institut. Recuperado de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/colombia/pensar/violencia.pdf>
- Serrano, J. F. (2012). Tres notas y algunas conjeturas sobre jóvenes, violencias y criminalidad. En Tatis, J. A. (ed.) (2012). *¿Víctimas o victimarios? Reflexiones sobre jóvenes, violencia y paz*. Colección Jóvenes con dis...cursos. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

- UNFPA. (2014). *Estado de la población mundial 2014. El poder de los adolescentes, los jóvenes y la transformación del futuro*. New York: Fondo de población de las Naciones Unidas. Recuperado de <http://www.unfpa.org/sites/default/files/pub-pdf/SWOP2014%20Report%20Web%20Spanish.pdf>
- UNICEF. (2011). *Estado mundial de la infancia 2011. La adolescencia. Una época de oportunidades*. Nueva York: Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia. Recuperado de http://www.unicef.org/honduras/Estado_mundial_infancia_2011.pdf
- UNICEF. (2014). *Informe de situación de la niñez y adolescencia en El Salvador. Transformar inequidades en oportunidades para todas las niñas, niños y adolescentes*. San Salvador: Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia.
- World Vision. (2014). *Motivos de migración de la niñez y juventud en 27 municipios de El Salvador*. San Salvador: World Vision. Recuperado de: <http://reliefweb.int/>
- Zubillaga, V. (2007). Los varones y sus clamores: los sentidos de la demanda de respeto y las lógicas de la violencia entre jóvenes de vida violenta de barrios en Caracas. *Espacio Abierto Cuaderno Venezolano de Sociología*, 16(3), 577-608. Recuperado de http://www2.scielo.org.ve/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1315-00062007000300008&lng=es&nrm=iso

